

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, ENERO 23 DE 1898.

NUMERO 4.



¿Seré feliz correspondiendo á su amor?.....

POR VILLASANA

LA SEMANA

Fecunda en acontecimientos de todo género ha sido la semana que finaliza, y entre ellos descuellan los de orden, ó mejor dicho, los de desorden penal. La policía incitada por la denuncia de un fraude, ha descubierto una vasta y completa organización encaminada á despojar á un prójimo de una no despreciable fortuna adquirida en el extranjero, y que la víctima pensaba acrecentar entre nosotros por medios más ó menos extra-morales.

El alemán Franke debe estar, y lo está en efecto, bien compungido y contrito ante el desastroso resultado de lo que creía recurso infalible para enriquecerse, y debe haber hecho profundas reflexiones acerca de la fragilidad de los castillos de naipes, de la volubilidad de la fortuna, de la volatilidad del ensueño y del carácter efímero de todas las esperanzas, como de todos los bienes de la tierra.

En lo que menos pensaba al tomar en Chicago el tren para México,—revestido del guarda—polvo tradicional, cubierto de la multiforme cachucha á cuadros del turista aficionado, terciadas en tahalí las correas de los gemelos y repleta la cartera con setenta mil pesos en letras y billetes,—era en que en México lo esperaba y lo atisbaba una jauría de gran olfato y de agudos colmillos, lista para hacer presa en sus fondos. Victor Hugo dice: ni el ave se atrevería á incubar, ni la hembra á amantarse, ni el hombre á trabajar, si pensaran en las terebrosas acechanzas que los atisban y en las siniestras emboscadas del abismo. Franke no hubiera pensado en emigrar ni en especular, si hubiera previsto el plan maquiavélico que se le había de preparar; pero es el hecho que no lo previó y que cayó atado de piés y manos en las redes que se le tendieron.

Apenas llegado, se vió sin saberlo, rodeado, asediado y seducido por media docena de caballeros de industria cosmopolitas. Le propusieron doblar su capital en unos cuantos días y ¡claro está! quien resiste á convertir setenta mil en ciento cuarenta mil! El plan era sencillo: con sus recursos establecería bancas de baccarat y de *faro*, sus nuevos amigos le llevarían millonarios que desplumar, y en tres ó cuatro sesiones se podrían ganar cientos de miles. El *cándido* alemán aceptó y comenzaron á desfilar ante su vista atónita los supuestos millonarios. Aquí la cosa toma un aspecto irremediamente bufo; las pesquisas de la justicia nos han dado á conocer los Jay-Gould los Mackay y los Rostchild destinados á la tonsura. Hay entre ellos de todo, mayores de mesa redonda, cubanos que huyen de la guerra en busca de la estafa, supuestos hacendados que, como dice maliciosamente nuestro pueblo, tienen sus tierras en las uñas, y ganaderos fabulosos que hacen sus crías en las costuras de su ropa interior. Los alemanes son generalmente miopes; pero la miopía de Franke raya en lo fabuloso. ¿Cómo no se fijó en la blancura dudosa de las camisas, cómo no percibió el deshilachado de los puños, cómo no diagnosticó en los fluxes el corte y las telas de *La Explosión*, ni adivinó el doblé de las leontinas ni el *strass* de los alfileres de corbata?

Comenzar la talla y comenzar la ruina de Franke fué todo uno. Aquellos millonarios ganaban sumas absurdas y acertaban golpes inverosímiles. En tres ó cuatro días treinta mil sobre los setenta mil habían pasado ¡cosa increíble! de las manos del banquero, á las de los puntos.

Basta! dijo Franke y sus verdugos, seguros de que no jugaría más, encontraron manera de exprimirle aún algunos miles fingiéndole una comedia de inminente aprehensión por sabe Dios qué delito y haciéndole cohechar al supuesto *detective* americano encargado de capturarlo.

La policía se ha manifestado, en la especie, grandemente habil y oportuna aprehendiendo en la Capital y fuera de ella á los complicados en la ingeniosa estafa. Parece resultar de sus pesquisas que ha desanidado una verdadera francmasonería de *griegos*, estafadores, petardistas y aventureros de todas tallas, edades, categorías y nacionalidades, sobre los cuales recaerá todo el rigor de la ley.

La moral que se desprende de este suceso sensacional y poco común por su magnitud, entre nosotros, es que el mal es una pendiente; que *quien de santo resbala hasta demonio no para*; que el juego es uno de los vicios más ocasionados á degradar al hombre, á embotar la delicadeza natural ó adquirida por la posición ó la educación, y que

quien maneja mucho los naipes no está exento de llegar á manejar la ganzúa.

Son, en efecto, jugadores habituales la mayoría de los acusados, sacerdotes del culto de Birjan á quienes sacar un reloj repugna; pero que juzgan simple travesura marcar una carta ó lastrar un dado. La trampa en el juego marca para ellos el límite que separa el acto disculpable del robo declarado. Casanova, el cínico y espiritual Casanova, ni pagaba sus deudas de juego ni omitía recursos fraudulentos para ganar, y disculpaba su proceder diciendo que es esa la única manera de escarmentar á los viciosos, y de contribuir á la extinción del vicio.

Los abogados de los reos pueden muy bien,—peores cosas se han visto,—recurrir á este sistema de defensa y presentarnos á los acusados como servidores útiles de la humanidad, escarmentando á los incautos ó á los extraviados que fian al naípe su fortuna, y como protectores de viudas y de huérfanos expuestos á la ruina por el amor de los jefes de familia al *paco chico* ó al *baccarat*.

Confiamos en que el Jurado, ante tan inspirado alegato, no vacilará en soterrar en Belén á los culpables, por el tiempo reglamentario.

No menos alarma y desazon han causado la denuncia de una quiebra, fraudulenta según se dice, de una casa extranjera de la Capital, y otra no fraudulenta de una casa foránea. El monto de ambos desastres no llega á medio millón y es una gota de agua en la masa ya imponente de nuestra riqueza pública. Pero acostumbrados á la vida patriarcal del real en el tlaco, al negocio pingüe y seguro de sembrar maíz bajo la protección del arancel, á la construcción de fincas urbanas, verdaderas alcancías para el excedente de las rentas, hoy que el movimiento industrial se acentúa, que las instituciones de crédito se multiplican, que comienza á emprenderse en negocios aventurados, que las lonjas y bolsas negocian valores de todos tamaños, formas y colores, nos asustan y sorprenden la ruina de un rico, la quiebra de un banquero, el suicidio de un agente de cambio. Todas estas cosas sin ser buenas, debiendo ser castigadas unas y evitadas las otras, son, dentro de sus perniciosos efectos, síntomas favorables de la prosperidad creciente del país y del movimiento, que empieza á ser febril, de sus negocios. Las sociedades, como los organismos, tienen enfermedades y achaques de crecimiento que ameritan tratamiento é higiene, que exigen atención y vigilancia; pero que son en suma indicios del desarrollo, de la evolución á que está sometido todo lo que vive. Esa evolución no se hace nunca sin sacudimientos, sin crisis, sin convulsiones, sin fiebre. La dentición se acompaña de enfermedades graves, la clorosis es indicio de nubilidad, en la madurez son frecuentes las congestiones y apoplejías, y en las sociedades no se inicia ni consolida el movimiento económico sin un desarrollo paralelo de las crisis comerciales.

Dos tipos encarnan y simbolizan esas enfermedades de crecimiento social: el Caballero de Industria y el fallido. El caballero de industria huye de los mercados muertos, de las situaciones económicas consolidadas y definitivas, y acude, como la mosca á la miel, allí donde surge un renacimiento industrial y comercial. Recuérdese si no durante la Regencia la afluencia á Francia de todos los timadores y petardistas europeos; cuando el Misipipi Law y el sistema; reléanse en P. Feval en La perrera de Medor, los millones ganados perdidos en solo un día, las ruinas amontonadas en pocos meses, los suicidios registrados en ese efímero período de ficticia prosperidad. En la Argentina, durante Juárez Colman y aun hoy, se jugaba con desenfreno, se quebraba dos veces por año, todo el mundo estafaba ó defraudaba á todo el mundo, y en el fondo de todo eso había grandes riquezas creadas, enormidades de mercancías producidas y exportadas y el surgimiento de la nada de un país ya rico y mañana feliz.

Dos quiebras, un pasivo de medio millón y una estafa de treinta mil pesos, tienen todavía el privilegio de alarmar nuestra candidez y de asustar nuestra inocencia. En los Estados Unidos quiebran de doscientas á doscientas cincuenta casas por semana, el pasivo se cifra por decenas de millones y nadie se asusta. Dicen que en China la ley obliga á los médicos á colgar un farolito en la fachada de sus casas por cada enfermo que se les muere. Un enfermo deseando ponerse en manos de una eminencia se echó á buscar un médico que tuviera los menos faroles posibles. Las fachadas de los más reputados doctores estaban siempre

cubiertas de incontables linternas y le fué forzoso ir á un barrio pobre y extraviado para encontrar un médico con un solo farol en su pasivo. Entró resueltamente y entabló conversación; ¿Cómo es que no habiendo perdido mas que un enfermo vive usted en condiciones tan precarias? Señor respondió el Galeno, ese enfermo que murió es el único que he asistido. En materia de quiebras nos pasa felizmente lo que al médico chino. No hay, pues, porque alarmarse ni desalentarse de emprender. Si la quiebra es fraudulenta, ahí está Belén, y si no lo es, paciencia, que ya vendrán tiempos mejores.

En elegante vitela, superada por una pareja de bailarines artísticamente grabada, circuló días pasados en uno de los círculos de mayor notoriedad de México, la siguiente invitación.

Apolonio Plata y Señora

abrirán á sus amigos los salones del Callejón del Obraje la noche del 16 de Enero de 1898, en honor del Señor Senador D. G. de L. y E.

On danserá.

Tenue de ceremonie.

Era natural é inevitable! la suntuosa y aristocrática fiesta del Sr. D. Ignacio de la Torre, tenía que inspirar celos y despertar rivalidades, y los esposos Plata, se propusieron eclipsarla y en cierto modo lo han conseguido.

Los salones del palacio del Obraje profusamente iluminados y exornados de una espléndida decoración floral, presentaban un aspecto feérico cuando á las dos de la madrugada se inició el suntuoso cotillón. Fué éste uno de los más originales y *reussis* que se hayan jamás visto. Entre las figuras llamó la atención la de las carteras, creada especialmente por los anfitriones para esa circunstancia. Los caballeros y las damas llevaban en los bolsillos de los fracs y en los escotes de los corpiños, respectivamente, primorosas carteras con cantos y monogramas vistosos; la figura consistía en escamotear sin ser sentido, la cartera de la persona con quien se pretendía bailar. El Sr. Plata, *maitre de sceans*; manifestó una habilidad pasmosa que muchos le conocían, escamoteando las carteras de las damas mas distinguidas y hermosas y bailando con ellas á *ravor*. El *buffet* fué espléndido, los caldos de los mejores crudos y se brindó calurosamente por el honorable senador á cuya salud y á cuyas expensas se hacía aquella suntuosa fiesta.

Entre la concurrencia pudimos notar al Sr. Juan El *Chinampino* y Sra., al simpático Emilio Pellejos, al espiritual Anselmo el *Chato*, al distinguido Lorenzo el *Ministro*, al chispeante Gregorio La *Chiva*, A Manuel O. que posee un rico *fistol* que fué del Sr. Gral. Martín González, á Agustín M. que portaba el magnífico reloj que perteneció á D. Luis Pombo y otros más cuyos nombres sentimos no recordar. Entre las damas brillaba la Sra. de Plata, y se distinguían por la riqueza de su atavío varias *Señoras y Señoritas cruzadoras* ventajosamente conocidas en los almacenes de ropa. El señor senador en cuyo honor se celebraba la fiesta no recibió invitación; pero se hizo representar por varios agentes de la reservada, quienes ofrecieron en su nombre á los anfitriones y á sus invitados, cómoda y cordial hospitalidad en la regia mansión de Belén.

Los Señores Plata hacen hoy los honores de su nueva morada con el mismo *savoir faire* que desplegaron en sus salones del Obraje. Se espera que muy pronto podrán recibir allí al vasto círculo de sus relaciones.

Esta simpática reunión ha permitido á la policía escudriñar la constitución del interesante círculo social que con tanto esplendor se reveló á la sociedad mexicana. El círculo rateril está organizado á la vez como un casino, como un banco y como una casa de comisiones. Tiene sus gerentes y administradores, su junta directiva, sus agentes viajeros, sus almacenes, sus comisiones de adquisición, de venta y de reparto. Usa un lenguaje pintoresco, colorido, eufónico, verdadera clave de sus secretos profesionales, lleva una voluminosa correspondencia con los Estados en donde tiene sucursales y especialmente con el Valle Nacional en donde radican las reservas y depósitos de su ejército activo. Anticipa fondos sobre operaciones futuras y lleva cuenta corriente á los

asociados, reparte dividendos y hasta está en vía de formar un museo para lo cual cuenta con coleccionadores especialistas y ha reunido ya ejemplares raros de carteras, pañuelos, joyas y objetos varios.

Es verdaderamente deplorable que la policía, que en todo se mezcla, haya ahogado á la víbora en el nido. Era edificante el ejemplo que daba la asociación rateril de que la unión constituye la fuerza. . . . !

Y somos tan hostiles al espíritu de asociación, que estamos seguros que la Sociedad entera va á felicitar y á felicitar á la policía por la destrucción de un centro de poderosa actividad y de un modelo de Sociedad Cooperativa.—LÓPEZ I.

Política General.

RESUMEN.—EL ASUNTO DREYFUS.—LA AGITACIÓN DE LOS JUDÍOS Y LA REACCIÓN ANTISEMITICA.—EL CONDE ESTERHAZY ABSUELTO Y DREYFUS OTRA VEZ CONDENADO.—RUMORES DE TEMPESTAD.—LA REPÚBLICA Y LA MONARQUÍA.—LA SUPERFICIE Y EL FONDO.—APOTEOSIS DE LA REPÚBLICA.—CONCLUSIÓN.

Tres años han pasado desde que el capitán Alfredo Dreyfus fué condenado en Consejo de Guerra, por el crimen de alta traición, á prisión perpetua en una fortaleza del Estado. El Gobierno señaló la isla del Diablo en la colonia de la Guayana, y el infeliz traidor ha permanecido desde entonces solo con sus remordamientos, aislado del mundo entero, y encadenado á una roca solitaria que azotan las ondas del mar, en incesante murmullo.

Durante todo este tiempo, el sentimiento público se había acallado, y apenas si alguna vez se dejaban escuchar las hondas lamentaciones de la esposa del condenado, proclamando á voz en cuello la inocencia del pobre Dreyfus. Mientras las protestas y los lamentos eran inspirados por el amor de una mujer desolada, nadie reparaba en ellos; se confirmaba el juicio emitido por el tribunal militar, y todos consideraban culpable al deportado de Cayena.

Pero llegó la vez en que los sentimientos de raza se unieron á los gritos de familia; se constituyó un verdadero sindicato con capitales judíos para trabajar por la rehabilitación de Dreyfus; se derramó á manos llenas el oro israelita entre los que se llaman directores de la pública opinion; se compraron hojas periódicas por todas partes, se sobornaron conciencias, se cohecharon votos y se levantó formidable gritería, reclamando del Gobierno la revisión del proceso, la rehabilitación del infeliz, que con todo el aparato militar, con la vergüenza en el rostro, y el odio en el corazón, ante la rabia de la muchedumbre que lo insultaba llamándolo traidor, fué degradado de su honroso puesto en el Ejército, despojado de sus insignias, y aventado como asqueroso harapo, para ocultar su humillación en las remotas playas de una isla desconocida.

No se limitaron los defensores del declarado traidor, á presentarlo como inocente víctima sacrificada en aras del odio antisemítico; señalaron también al verdadero culpable en su opinión, y un senador de intachable reputación, de honradez política reconocida, fué el encargado de presentar al Gobierno francés la moción que había de dar por resultado la absolución de Dreyfus, á cambio de la condenación de un comandante retirado, el conde Esterhazy.

Era tan tumultuosa la grito de la prensa, tan exigentes sus reclamaciones, tan continuados sus ataques, tan repetidas las manifestaciones que compraba el oro y atizaba la influencia de los judíos; fué tan seriamente presentada la acusación de Mr. Scheurer-Kestner, que el Gobierno procedió contra el conde Esterhazy; se instruyó la causa conforme al Código Militar, y fué llevada sin festinación ante un Consejo de Guerra. El fallo del tribunal fué favorable al acusado, y la absolución del conde Esterhazy, significa la segunda condenación de Dreyfus.

Irritados en lo más hondo, los que acaudillan esta cruzada del cohecho y el soborno, enardecidos con la derrota los que han corrompido la prensa, pretendiendo torcer la opinión pública queriendo arrebatarse su presa á la justicia, han

vuelto de nuevo á la carga, no se dan por vencidos, y siguen, siguen incansables en el camino de una rehabilitación casi imposible.

Esa actitud ha despertado los dormidos odios y mal apagados rencores contra la raza judía; Drumont ha blandido el formidable ariete de su *Palabra*, el pueblo francés, fosfórico por naturaleza y excitable por carácter ha creído que se trataba de arrojar una mancha sobre el ídolo que adora hoy en sus altares, sobre el Ejército, en quien tiene puestas todas sus complacencias y en quien ha confiado todas sus esperanzas, y se revuelve ardiendo en iras santas contra aquellos que, queriendo vindicar á un miembro gangrenado arrojan lodo y podredumbre sobre toda la institución militar.

* * *

Como viento murmurador que se convierte en huracán, como brisa juguetona que se transforma en aquilón, como arroyuelo cristalino que se torna en gigante catarata, como rujido sordo que se desata en formidable tempestad, ha ido creciendo y desarrollándose la agitación pública en Francia con motivo del asunto Dreyfus.

No ha bastado la entereza del Gobierno, castigando al culpable y salvando al inocente, según el fallo de los tribunales competentes; no ha bastado su firme propósito de mantener incólume el nombre del Ejército y defenderlo de los ataques que le han lanzado lo mismo los propios que los extraños; no ha bastado su actitud resuelta para desoir interesadas sugerencias, para desechar falsos encantamientos: la marea crece, la agitación aumenta, el pueblo parisiense grita, los estudiantes del Barrio Latino vociferan en las calles contra los que se venden; se necesita todo el prestigio del gabinete para evitar un voto de censura en el seno de la Representación Nacional; el elemento judío, incrustado en una gran parte del andamiaje del país, se revuelve al sentirse herido; los odios antisemíticos estallan en espantosa explosión y trabajosamente se mantiene en equilibrio, el ministerio Méline; Zola cae de su pedestal al impulso de las iras populares, y en medio de todo ese oleaje turbulento, de esas ondas de corrupción que todo lo salpican, de esos estremecimientos que todo lo conmueven, se siente algo sordo y profundo que amenaza á la República.

* * *

Como en los tiempos de Boulanger, se adivina una reacción con tendencias monárquicas, en medio de este desenfreno de radicales y republicanos, de socialistas y conservadores, de nacionalistas y judíos; se siente que una nube de tormentas se cierne sobre el suelo volcánico de Francia; se vislumbra que el Duque de Orleans trabaja secretamente en medio de todas esas convulsiones.

Recuérdense las ceremonias regias que precedieron á su matrimonio con una Archiduquesa imperial de Austria; recuérdense los homenajes rendidos por la aristocracia del Faubourg Saint-Germain á la imperial pareja y los obsequios que recibieron en la corte de Austria; búsquese con cuidado la causa que pueda haber realmente en las presentes agitaciones, y se verá que, aun contando con el carácter francés y atendiendo al espíritu del pueblo, apasionado hasta el heroísmo, arrebatado hasta el frenesí y capaz de conmovirse por cantos de sirenas y arengas de demagogos, queda algo que no aparece en la superficie. Además, el nieto de Luis Felipe jamás ha dado á entender categóricamente que renunciaba á sus pretendidos derechos al trono de Francia, y hoy más que nunca, teniendo en sus manos la herencia de la monarquía tradicional y de la templada, viendo combatida la República por los radicales que llegan hasta el socialismo, y pretenden otra vez la revisión de la Constitución, es posible que se presente como iris de paz en medio de la tormenta, como prenda de estabilidad ante las potencias amigas y enemigas, como testimonio de mejor armonía para conservar la preciada alianza franco-rusa.

* * *

¡Vano intento! la Francia republicana que supo expulsar de su territorio á todos los príncipes de la sangre con todas sus grandezas legendarias; la democracia que se salvó del indigno tráfico de Wilson; haciendo descender de su alto puesto la personalidad honrada de Grevy; que salió inmaculada de la amenazante agitación carnavalesca de Boulanger; que permaneció firme en medio del lodazal con que quisieron mancharla los mercaderes del Panamá; que quedó intacta á pesar del golpe horrendo y criminal de Casserio Santo, hiriendo de muerte al gran Carnot; que no se inmu-

tó ante las debilidades de Casimiro Perier; la Francia republicana que ha enseñado con Thiers y cantado con Hugo, que se ha transfigurado en el martirio y regenerado en el trabajo; la Francia de Faure, quedará firme en sus cimientos, desafiando todas las tormentas, cualesquiera que sean los agitadores, cualesquiera que sean sus enemigos, se llamen judíos, comprando la prensa, ó se llamen orleanistas, agitando las inconscientes muchedumbres.

X. X. X.

20 de Enero de 1898.

LAS VIRTUDES EXCESIVAS

Las virtudes son como los medicamentos. usadas en altas dosis y fuera de ocasión son dañinas y perniciosas, tanto como los vicios que les son contrarios. Para poblar de mendigos un país nada más eficaz que ejercer á troche y moche la caridad; á fuerza de indultar delincuentes se infestan de bandidos los campos y de ladrones y asesinos las poblaciones; perdonando á un tramposo se puede tener la evidencia de sembrar la semilla de diez y nada más ocasionado á fomentar la coquetería y la ligereza de costumbres que la indulgencia y la tolerancia con las mujeres frívolas y con los hombres *calaveras*.

La benevolencia de Grevy con los anarquistas engendró á los Vaillant y los Henry; la última escena del D. Juan Tenorio, toda de perdón y de misericordia para el culpable y de severidad cruel para los inocentes, ha multiplicado las casos de seducción de mujeres honestas y los de duelo, riñas y homicidio entre *caballeros* y Margarita Gautier ha sido la pérdida de centenares de doncellas.

Para ver en todo su esplendor las consecuencias funestas de las virtudes excesivas, hay que recorrer las páginas de historia de la España Medioeval: los campos incultos, la industria paralizada, la ciencia muda, los hombres válidos por mitad en los monasterios ó en los tercios de Flandes y las mujeres, los niños, los ancianos apiñados en las puertas de los monasterios y en los peristilos de los palacios en espera del caldo y del pan de caridad. Aquellas distribuciones metódicas de *raciones de hambre* bastaban para alejar á los pueblos del trabajo y de la actividad honesta, como las distribuciones de trigo hundieron á la plebe romana en la crápula más abyecta y en la inacción más empobrecedora.

En los Estados Pontificios, país de caridad, llegó á no cultivarse la tierra, á no girar el molino, á no funcionar la maquinaria y todavía la mendicidad es en Italia una plaga social, una enfermedad general y repugnante, mantenida por la munificente liberalidad de los turistas.

No bien, por el contrario, en un país ó en una raza, comienza la caridad á ser menos pródiga, la beneficencia menos manirrota y el amor al prójimo menos irreflexivo, cuando el hombre, convencido de que solo debe contar consigo mismo, de que no puede comer sino de su trabajo, de que solo de su personal actividad puede esperar el bienestar, apura el ingenio, saca fuerzas de flaqueza; inventa y descubre, trabaja y prospera, y un poco de severidad y de energía bastan para extirpar la vagancia, reprimir la mendicidad, hacer desaparecer esas bandas nómades y harapientas que avergüenzan y dañan, y fundar la prosperidad privada y pública en el trabajo que ennoblece y no en la limosna que degrada.

Tal pasa en Francia, en Inglaterra, en Holanda, en los Estados Unidos; ahí el hombre se basta á sí mismo; huye de la disipación y del vicio por miedo al abandono y á la miseria; se aquilata su valor moral y social en la franca competencia industrial; se acrecienta el comercio, aumenta la producción, se perfeccionan sin cesar la agricultura, la minería y la industria; y esos países son grandes, fuertes, respetados y civilizadores, porque nadie huelga, porque nadie vive de nadie y porque todos los trabajos como todas las inteligencias colaboran al progreso y al bien común.

Por exceso en el bien, por irreflexión é inoportunidad al practicarlo, por extravío del camino que á él conduce llegan, pues, los filántropos, á veces, á causar daños inmensos, á provocar calamidades espantosas, á sembrar inconscientemente la desolación y la ruina, y de seres benéficos y providentes se truecan en verdaderos azótes de la humanidad, fomentando la pereza y la imprevisión, robando brazos al trabajo y cerebros á la ciencia y decretando la miseria gratuita, obligatoria y universal.

Y no se crea que en Francia, Inglaterra, Holanda, y los Estados Unidos no se ejerce la caridad ni se practican las más altas virtudes. Países son esos en que las instituciones y obras benéficas absorben miles de millones. en que los legados para esos fines son frecuentes y cuantiosos y en donde pululan las gentes caritativas y bondadosas.

Pero hay mayor discernimiento, mayor discreción y mejor empleo de los cuantiosos recursos destinados á la caridad. Desde luego se ejerce de preferencia sobre el anciano impotente, sobre el enfermo imposibilitado de trabajar, sobre el niño abandonado, sobre la víctima de algún accidente, rara vez ó nunca sobre el hombre adulto y vigoroso, ó sobre la mujer sana y apta. A penas si á título temporal y precario se imparten auxilios á padres de numerosas familias accidentalmente inocuados, ó á viudas y huérfanos en los primeros momentos de su desgracia.

Esta cuidadosa selección es ya altamente benéfica: el dinero de la caridad privada ó pública acude á remediar miserias reales, contratiempos imprevisibles, á suplir á impotencias irremediables y la caridad so-



Soñar despierta

NUESTROS GRABADOS

FLIRT.

En días pasados *El Mundo* publicó un artículo que constituía curiosísimo aná lisis de lo que en Europa se entiende por flirt. El grabado que hoy publicamos, muy bien acabado por cierto, es digno complemento de esas observaciones.

En México se ha creído de buena fe que el *flirt* es una inocente coquetería de salón, á la cual pueden entregarse tranquilamente todas las niñas soñadoras. Desgraciadamente nada es más inexacto. El *flirt* no justifica ni mucho ni poco la singular indulgencia con que se le ve en los salones del viejo mundo.

Es nada menos que un procedimiento hipócrita que permite, sin faltar á las buenas formas sociales, iniciar una seducción que en cualquier otro caso alarmaría á los menos alarmadizos.

Merced á el una jovencita recién salida del colegio, puede aislarse con un caballero tras un biombo, bajo una sombrilla japonesa, en el discreto rincón de un senador, y oír *sin comprometerse*, todas las lisonjas, la expresión de todos los anhelos, todas las insinuaciones *delicadamente veladas*.

El papá de la niña al sorprenderla se encojerá de hombros con un gesto perfectamente mundano y exclamará:

—Ah! vamos! está con su *flirt*!

Merced al *flirt* toda mujer casada puede coquetear recio y tupido con un caballero sin que el marido se asombre en lo más mínimo; y por último, merced al *flirt* los oídos más castos pueden oírlo todo, todo aquello que en la calle una mujer contestaría con un sombrillazo... eso sí, dicho en la forma más culta.

El *flirt* todo lo disculpa y todo lo santifica. Es la capa de Jafet, arrojada sobre todas las desnudeces.

El *flirt* es una exquisita flor de la cultura moderna, dicen quienes le abonan.

El *flirt* es una prostitución social admitida, dicen los que la deturpan.

Por nuestra parte, colocándonos en el justo medio, diremos:

El *flirt* es un hermoso peligro.

Fé. Esperanza y Caridad.

Después de aquella espantosa catástrofe que le arrebató á sus padres, y cuando el exeso del dolor le permitió reflexionar, se consoló el huérfano con la idea de que Ida su novia le amaba mucho, y que tan pronto como terminara el duelo se casaría con él. Y no había qué temer por el porvenir, porque los bienes que heredaba estaban en manos de su tío que era muy honrado.

Pero un día, y después de haber vendido los todos bienes, se fué el tío sin decirle nada, y el huérfano quedó en la miseria.

No importa! Ida quedaba para consolarlo y endulzar con su amor todas sus desdichas.

Corrió á verla, y ella también había desaparecido...! Con su dolor y sus lágrimas fué por todas partes y no encontró más que indiferencia y desvío. Entonces salió de la ciudad, se internó en la montaña y allí rompió á llorar con la idea de que fundido en lágrimas todo su ser, el almalibre de su dura cárcel volaría á la eternidad. Cuando estaba más abatido, vió venir de lo profundo del bosque á un ángel de alas blancas y cabellos rubios como hebras de sol, el cual le dijo:

—En todo has pensado menos en Dios: recuerda que él puede devolverte la felicidad.

—Como llevo tanto tiempo de llorar, me estoy muriendo y ya ni para orar tengo fuerzas.

—Levántate y ve al templo: por el camino encontrarás á una mujer que te ayudará y te sostendrá.

—¿Quién es esa mujer?

—La Fé.

—El huérfano fué en efecto al templo, pero á nadie vió en el camino y después de orar tornó, al bosque y el ángel se le volvió á aparecer.

—No la viste le dijo, porque como solo en ella ibas pensando, se enceló su hermana y no la permitió que te hablara.

—¿Quién es su hermana?

—La Esperanza.

El huérfano echó á andar otra vez pero no encontró á ninguna de las dos, y después de orar se encaminó de nuevo al bosque y de nuevo habló con el ángel. Tampoco las vió dijo tristemente.

¿Ya perdonaste preguntó el ángel, á quien te arrebató tus bienes, á la que se burló de tu amor, á los que te abrumaron con su abandono y su desprecio? ¿ya le pediste á Dios por todos los que te han hecho daño y por todos los que te han ofendido?

—No.

Pues por eso no las viste. Van siempre juntas con su hermana la Caridad y esta no gusta de presentarse más que á las personas de noble y generoso corazón.

Desde lo profundo de su alma el huérfano formuló las más tiernas plegarias de perdón y de amor, y al momento vió surgir ante él, bellas, insinuantes deslumbradoras, á las tres divinas hermanas que siempre andan juntas, á las que son depositarias de lo más noble que hay sobre la tierra, á las dispensadoras de todos los bienes, á Fé Esperanza y Caridad.

El huérfano se consoló y luego vivió largos años de ventura.

OTRO PAGO DE \$1,000.00

DE «LA MUTUA»

El día 2 de Diciembre de 1897 en Puebla

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de \$1,000.00—un mil pesos, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número setecientos cincuenta y ocho mil cuatrocientos treinta y ocho, bajo la cual y á mi favor, estubo asegurado mi finado esposo, Señor Don Próspero Valdés, y para la debida constancia, en mi carácter de beneficiaria, nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la compañía para su cancelación, en Puebla, á 2 de Diciembre de mil ochocientos noventa y siete.

Firmado.—CARMEN BRAVO VPA. DE VALDES

lo tiende la mano á quien de ella necesita y solo en la medida de su necesidad.

Se excluye, en general, de su benéfica acción al vago, al ebrio al tahir, al D. Juan de encrucijada, á la mujer alegre y de mala vida: no alcanza tampoco al hombre ni á la mujer vigorosos y fuertes, sanos y capaces de trabajar, ni se prodigan socorros á granel, á todo el que se presenta, á cualquiera que pasa.

Además, la forma de caridad generalmente admitida en los pueblos cultos y la única plenamente recomendable, consiste, no en suministrar dinero, ni alimentos, ni ropa al necesitado, sino trabajo, ocupación honesta, medios de adquirir personalmente con el propio esfuerzo los elementos de vida de que carece y que implora. En esta forma la caridad es racional, justificada, pura de todo inconveniente y antes estimuladora de la actividad honesta y fecunda que del vicio degradante y estéril.

Se hace necesario sugerir estas reflexiones á la mayoría de nuestro público y especialmente á la mujer mexicana, tan ciega, tan inflexiva, tan inoportuna en materia de caridad. Ver una miseria, real ó aparente, y socorrerla, sin inquirir sobre quien recae, ni si el ser socorrido es un desgraciado ó un perverso, un hijastro de la fortuna ó un niño mimado del vicio y si va á comprar pan para alimentarse ó aguardiente para envenenarse, son cosa común y corriente entre nosotros y ya palpamos las consecuencias de tan excesiva compasión.

Los mendigos pululan y los rateros también; en todas partes faltan brazos y sobran gentes desocupadas; el San Lunes es ya una institución; á fuerza de prodigar papeles de conocimiento, de recibir de nuevo á criados despedidos y de perdonarles sus faltas y socorrerlos en sus miserias, el servicio doméstico está por los suelos; batallones de mujeres alquilan niños y recorren las calles pidiendo limosna, seguidas de turbas de muchachos; bajo de cada papelería hay un vago, un ratero y un mendigo y nos estamos aproximando á pasos agigantados á la mendicidad de la Italia moderna y á la vagancia de la España medioeval.

Y es tal la perniciosa influencia de la caridad mal entendida, que los obreros yankees de importación piden descaradamente limosna en nuestras calles, cosa que no se atreverían á hacer en los muelles de Nueva York ó en las avenidas de Chicago.

El exceso de nuestra virtud nos está dañando y ya es tiempo de no sentir tan vivamente la compasión, á trueque de ejercer con más acierto la caridad. No hay que olvidar, en efecto, que la virtud, como toda la actividad humana, gana mucho en ser ilustrada y reflexiva y que el cerebro debe gobernar los impulsos del corazón.

DOCTOR M. FLORES.

Las grandes y puras afecciones tienen esto de hermoso: que después de haberlas experimentado, queda la dicha de recordarlas.

La cabeza encantada

Presentada bajo el título de la calavera encantada esta experiencia de física divertida ha hecho las delicias de los teatros en tiempos pasados. Ahora se ha vuelto á poner á la espectación pública con el nombre de la cabeza de José Balsamo y como ha obtenido un éxito tan grande como entonces, nos parece merecer la pena de explicar á nuestros lectores su secreto.

Señores y señoras, dice el prestidigitador: he aquí sobre esta mesa un cráneo, triste despojo de lo que fué un hombre. Añadiendo á mi poder de prestidigitador el de medium, voy á impregnar de fluido misterioso esta cabeza de muerto que animándose se pondrá atenta y obediente á las órdenes de ustedes.

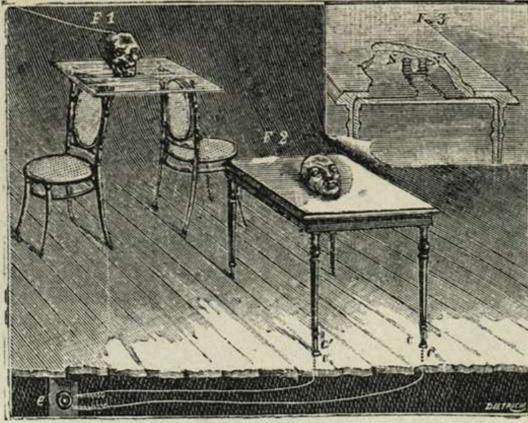
Y entonces bajo la acción más ó menos magnética del prestidigitador que presenta la experiencia, el cráneo se inclina y parece saludar á los espectadores.

A fin de quitaros, continúa el mago, toda idea de preparaciones ó de un mecanismo cualquiera, colocaré esta cabeza en una placa de cristal y la placa sobre dos asientos. La transparencia del vidrio y su no conductibilidad para el fluido eléctrico, son garantías seguras de que no me ayudaré de nada para esta experiencia, ni aun de la hada maravillosa que está transformando al mundo.

Y arroja al aire unos dados y los cubre con un pañuelo y da á los espectadores un juego de dominó; y la cabeza dice por medio de movimientos los tantos de los dados y los de la ficha ó fichas que quieren los espectadores con gran asombro del público. Remplazada luego por una mano de esqueleto, la experiencia no cambia sino de nombre y el secreto como vamos á ver es siempre el mismo.

En la mesa y próxima á la mano del prestidigitador está colocada una bolita de cera suave fijada á un hilo que entre bastidores sostiene el ayudante á fin de tirar de él cuando sea necesario. Después de haber hecho examinar la calavera el prestidigitador al ponerla en la mesa le adapta la bolita de cera. Después de la experiencia una simple raspadura con la uña basta para quitar toda huella de la cera y por consiguiente de la combinación, simple por cierto, puesto que el menor movimiento del hilo hace bascular la calavera. En cuanto á adivinar la cifra de los dados es igualmente sencillo, pues son dados cargados, es decir, que tienen en el interior y del lado opuesto á la cifra que se desea obtener, una pequeña bola de plomo que necesariamente pasa desapercibida para el espectador preocupado como está principalmente con el cráneo.

Para los dominós el procedimiento es también muy fácil, pues consiste en guardar una de las fichas el 2 y 3 por ejemplo; y cuando la cadena esté formada con las fichas en manos de los espectadores, las dos extremidades darán el mismo número de puntos: es decir, un tres y un dos. Los hermanos Isola han presentado de otra manera últimamente en París esta experiencia. La cabeza esta rem plazada por una máscara de madera colocada en un velador y pudiendo bascular ligera-



LA CABEZA ENCANTADA.

mente de manera de responder á las cuestiones que se le propongan. Hasta aquí nada de extraordinario. Pero cuando el prestidigitador lleva el velador en medio de la concurrencia y la máscara continúa impasible sus movimientos, entonces la admiración se lee en las caras de los espectadores. Y verdaderamente habría de que se admiraran hasta nuestros lectores si no reveláramos la manera como puede ser realizada esta experiencia.

En la parte que forma el cuello de la máscara hay un alambrito de hierro de 4 á 5 centímetros de largo escondido en el espesor de la madera y pintado del mismo color, su punta no puede ser notada. Un electro imán está incrustado en la tableta superior del modo, que los polos estén frente á la cabeza de alambre cuando la máscara se ponga sobre el velador. Dos contactos eléctricos de metal inoxidable terminan en dos pies del velador y se aplican sobre otros dos contactos fijados en el lugar á donde se lleva el velador, de modo que se cierre un circuito eléctrico que ligue el electro-imán con un botón de contacto colocado entre bastidores. A cada presión sobre éste, es evidente que la corriente circula en el electro-imán, el alambre de hierro será atraído y por consecuencia la máscara basculará y parecerá contestar á las preguntas del prestidigitador.

Estos son los secretos de la máscara de José Balsamo y de la calavera encantada.

Ejercicios de fuerza

Píndaro el poeta excelso y varonil, nos ha legado una descripción admirable por lo inspirada y vigorosa de los juegos olímpicos, primera exhibición pública y ordenada de lo que ahora á vuelta de los siglos, llamamos en el circo Juegos de salón. En ellos predominaban los ejercicios de fuerza y agilidad haciéndose fa-

mosos Teogenes, Eutimio, Polidamas y Milon de Crotona. De este último se cuenta que sobrepujó en fuerza á todos los atletas de su época, y que una vez ganó el premio en la carrera llevando un toro á cuestas, que luego lo mató de un puñetazo, y en un solo día se lo comió. En Roma que fué donde mayor auge alcanzaron estas diversiones instituidas por los Tarquinos, el espectáculo era deslumbrador. Se formaba una procesión en el Capitolio y atravesando el Foro se dirigía al Circo Máximo, edificado entre los montes Aventino y Palatino. Abrian la marcha soldados de á pie y de á caballo, luego los luchadores el Presidente de los juegos con sus familiares y clientes, coronado de encina y adornado de oro y diamantes, los servidores de los dioses con los vasos turiferarios y los utensilios del culto.

La carrera de carros inauguraba los juegos, luego los jinetes con su caballo de batalla y su caballo de mano; después el ejercicio del disco, y por fin los que luchaban y corrían á pie. Decía una tradición que Rómulo fué quien instituyó los juegos Capitolinos que se celebraban en honor de Júpiter y acerca de los cuales se tienen muy incompletas noticias, creyendo algunos que no comenzaron sino después de la milagrosa salvación del Capitolio y para celebrarla.

Domiciano fundó otros juegos Capitolinos de que hacen frecuentemente mención los poetas é historiadores de la época, y consistían conforme á la usanza que prevalecía en Grecia, en certámenes de música, carreras y luchas de toda clase.

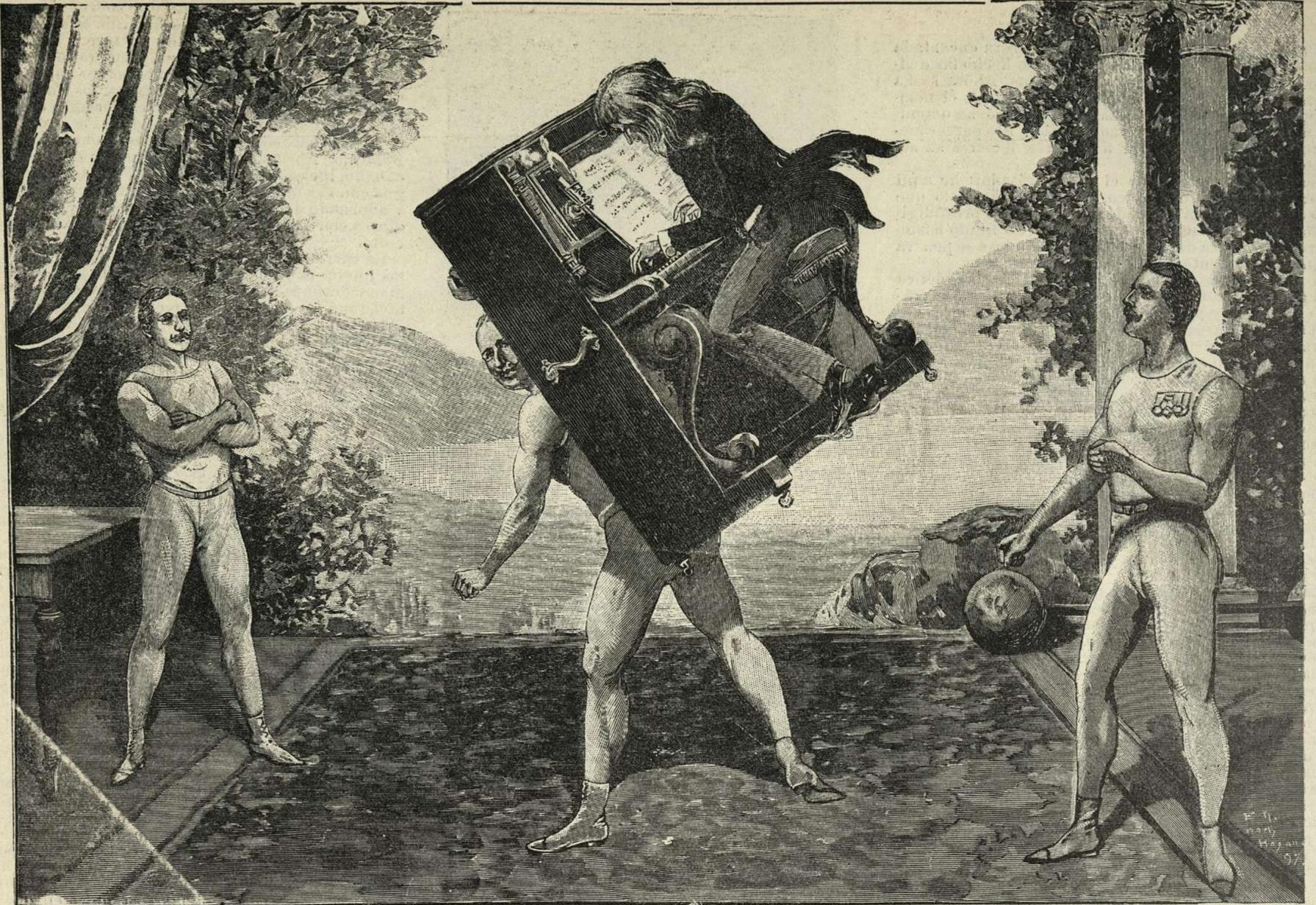
Más tarde, á las antiguas luchas de fuerza, agilidad y destreza, habían sucedido sangrientos combates entre gente asalariada. De Etruria y Campania pasó á Roma el horrible espectáculo de los gladiadores, y ya en el año 490 enrojecióse con sangre humana la arena del circo para solaz de los espectadores. El historiador de quien extractamos este dato, dice que ya en la época de la República Romana y siendo edil Cayo Julio Cesar, hubo día en que trescientas veinte parejas de gladiadores con armaduras de plata se presentaron en el repugnante y abominable combate, en el cual, al capricho del público, los vencedores perdonaban ó remataban al que caía herido en la lucha. El tiempo ha modificado las costumbres y ya en todo el mundo civilizado, las luchas de hombres, aunque no sean mortales, se rechazan con horror.

Lo que sí agrada y divierte aún, son esos ejercicios de fuerza y agilidad que se presentan en los circos modernos y de los que da idea nuestro grabado de hoy. La literatura de programa los titula juegos de salón, como si en los salones fueran cosa corriente juegos de esa clase en estos tiempos de anemia y clorosis en que la mayoría de las gentes que van á los salones apenas tiene fuerzas para levantar una silla.

En los circos es otra cosa: hay gimnastas que forman enormes pirámides humanas sostenidas en los hombros de un solo hombre. Otros hay que colgados por las piernas de un trapecio, sostienen con los dientes un caballo con todo y jinete y otros en fin que como los del grabado, llevan á la espalda un piano con todo y el músico que lo toca.



EL FLIRT.



Ejercicios de fuerza.

La seda artificial

Esta curiosa industria de que Francia se enorgullece con justicia, llegó ya al periodo de gran producción, pues una poderosa Sociedad ha establecido en Besançon una fábrica colosal cuyos productos se emplean en fomentar la misma industria.

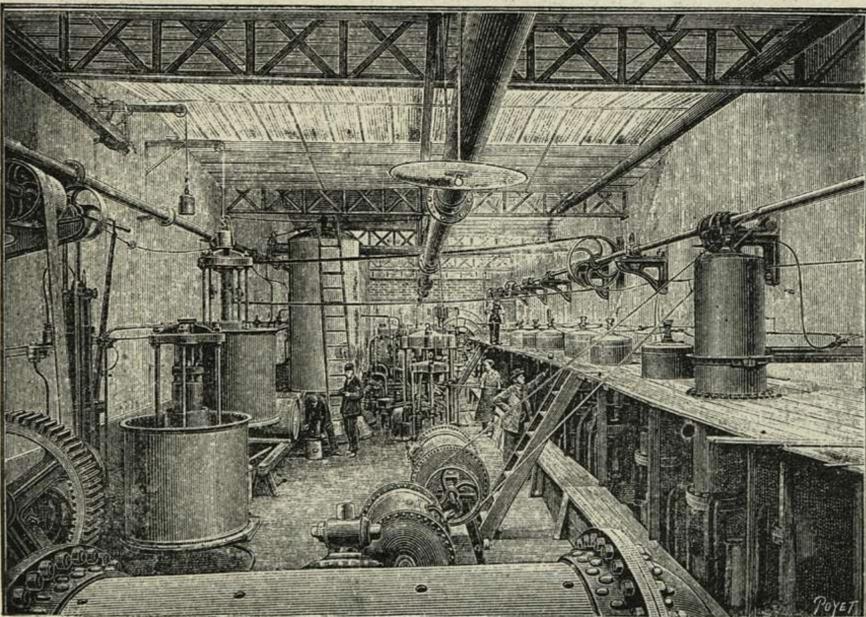
Los comerciantes en seda y los fabricantes de tejidos son los únicos que conocen la seda artificial. El público no puede notar diferencia alguna entre el producto artificial y el natural.

La seda artificial es tan bella y tan brillante como las sedas naturales más estimadas, y solo es un poco menos resistente: por consiguiente, se emplea sobre todo para los tejidos en que la trama es hecha de seda ordinaria, ó bien para cintas de trama de algodón que resultan magníficas y para toda especie de fantasías en telas de lana y seda, trajes de teatro, etc.

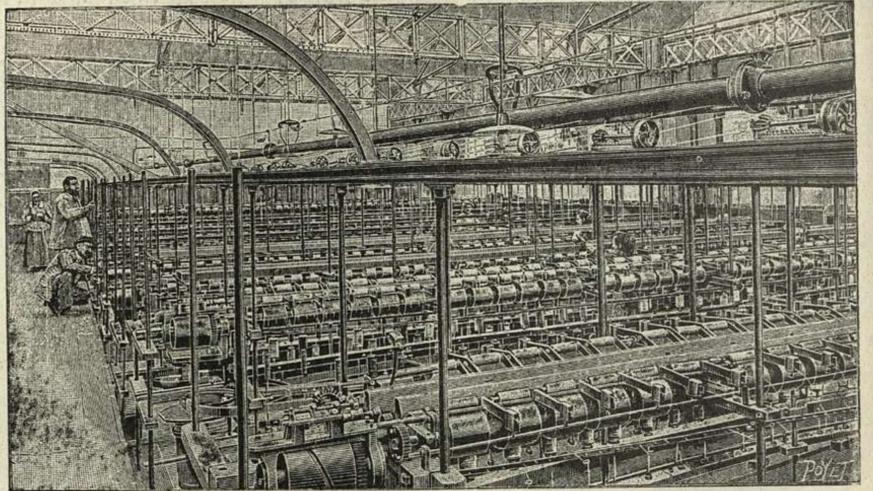
Con ayuda de precauciones convenientes y de procedimientos especiales, los tintoreros dan á la seda artificial los más ricos matices. El principio fundamental y aun los procedimientos generales de fabricación, fueron encontrados y patentados por el señor Conde de Chardonet, ingeniero en jefe de puentes y calzadas.

Se fabrica primero algodón pólvora ó *fulmicotón* por los procedimientos ordinarios. Es decir: algodón bien cardado desecado, sumergido en una mezcla de ácido sulfúrico y nítrico, lavado abundante, desecación etc. Pero en lugar de emplear el algodón, se usa pasta de madera como la que sirve para fabricar el papel, en lo cual no hay ventaja dado el precio actual del algodón. El algodón pólvora se disuelve en una mezcla de alcohol y éter bajo una fuerte presión: 40 ó 50 atmósferas, en aparatos especiales, obteniéndose así un colodión viscoso más espeso que el colodión clásico y que debe filtrarse, bajo presión también, con el mayor cuidado, para que no retengan la menor partícula de algodón pólvora sin disolver.

El colodión bien depurado, se lleva por medio de un grueso tubo á la sala



Fabricación del Colodión



Transformación del Colodión en seda

de filatura; y siempre bajo la presión de 40 á 50 atmósferas, se distribuye por tubos más delgados á los aparatos de los oficiales de hilar.

En el lugar que ocupa la longitud de cada sección, se adaptan grifos de filatura y cada uno de estos se compone de un pequeño receptáculo comunicado por una llave con el tubo de alimentación. El receptáculo termina en un tubo de vidrio, de pronto muy ensanchado y que al fin concluye por un agujero estrecho cuyo diámetro es de un centésimo de milímetro.

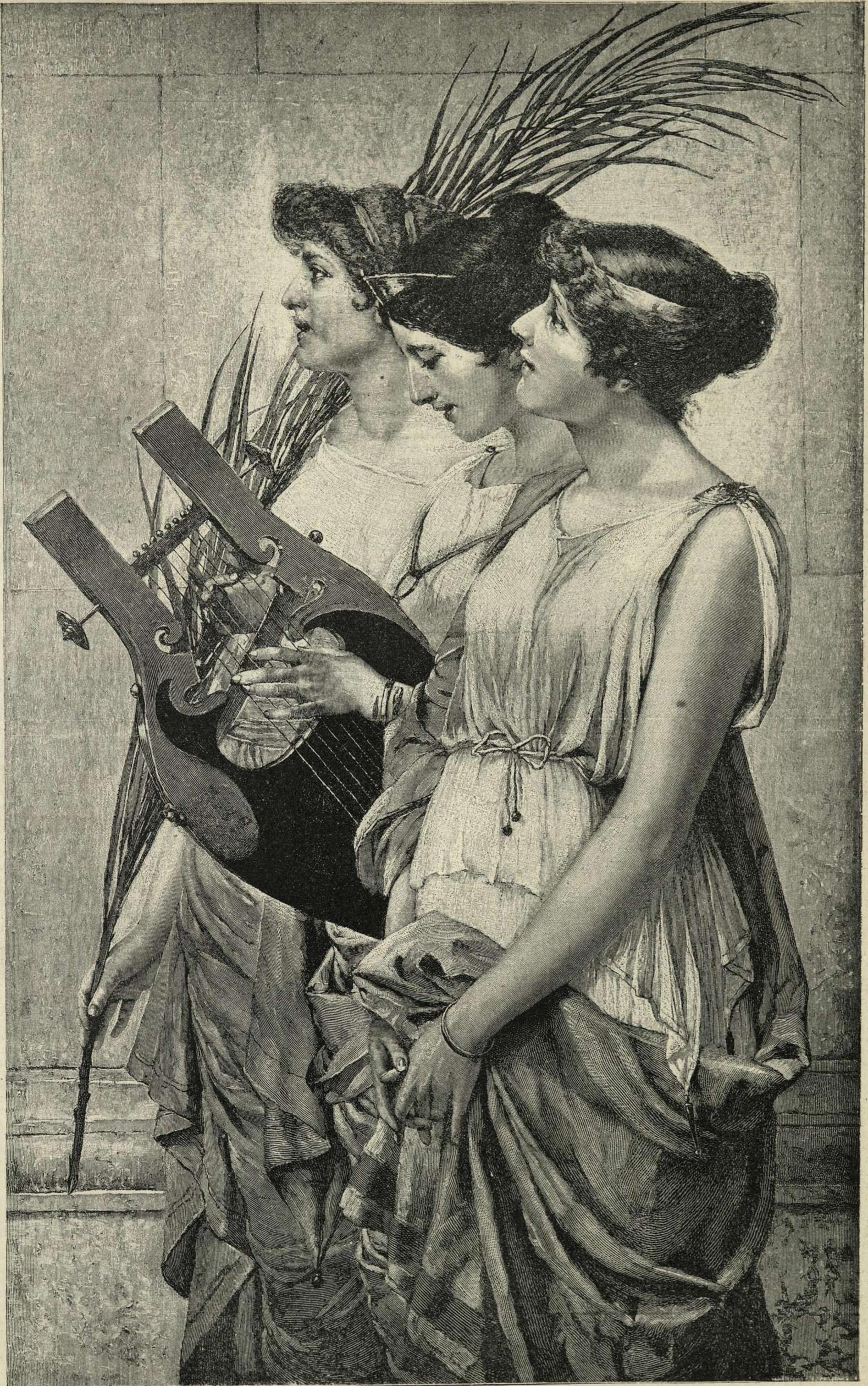
El hilo de colodión que sale de esta especie de capullo semejante al del gusano de seda, se sumergía de pronto en el agua que lo solidificaba en el acto, diluyendo el alcohol del colodión. Esta era la filatura por el agua; pero se ha llegado á mejores resultados hilando en seco. El disolvente [alcohol y éter] se evapora rápidamente, y los hilos quedan bastante secos para no pegarse unos á otros cuando se les enrolla en las bobinas.

Se necesitan tres ó cuatro hilos de capullo para constituir un hilo de trama, y más para formar el torsal.

Las fibras de seda artificial se sujetan á presión y torsión como las de seda verdadera; pero antes de poner en obra la seda nueva, es necesario *desnitratarla*. En efecto: el producto no es en suma sino algodón pólvora, y sería muy inflamable y hasta detonador. Por eso terminadas las madejas, se sumergen en una solución de sulfuro de amonio que destruye al ácido nítrico que se había combinado con el algodón, nudiéndose así retirarle la totalidad del ácido nítrico, sin embargo de lo cual se le deja una corta cantidad que no tiene inconvenientes. La seda de Chardonet *desnitratada* ha conservado todas sus cualidades que dando de este modo tan poco combustible como el algodón hilado del mismo grueso.

Desde que esta industria se ha puesto en posibilidad de proveer cantidades ilimitadas de seda artificial con un 50 por ciento de economía sobre el precio de la seda comun, las aplicaciones se han multiplicado. Con el nuevo producto se confeccionan las pajas de seda tan apreciadas para los sombreros de señoras y señoritas, con hilos de seda juxtapuestos y sostenidos por una encoladura sutil de modo que forma cintas planas de algunos milímetros de ancho. Estas pajas de seda son muy propias para que las modistas produzcan efectos enteramente nuevos





Fe, Esperanza y Caridad.

INTRODUCCION A UN POEMA

Es una gran columna de silencio y de ideas
En marcha.

El canto grave que entonan las mareas
Respondiendo a los ritmos de los mundos lejanos;
El rumor que los bosques soberbiamente ancianos
Dan, como si debajo de largas sepulturas
Sintierase crujidos de enormes coyunturas;
Las sordas evasiones de la raza, que arroja
El heroísmo nómada a la vendimia roja;
El ¡ghan! de los supremos designios, que se escucha
En el postrer hachazo que acabará la lucha,
Ya sea que se trate de un cedro ó de un gigante;
Las torres que no alcanza con su talón triunfante
La horda; el trájico viento de las batallas;

todo
Lo que es grande, ó solemne ó heroico de algun modo
—Ciamores de conquistas, rumores de mareas—
Va en esa gran columna de silencio y de ideas
Que el poeta ve alzarse desde las hondas grutas.

El Sol es su vanguardia!

—Por las eternas rutas
Que accidentan la historia, van los pasos enormes.
Es un largo desfile de tinieblas informes.
Mas, dommando aquella procesión tenebrosa,
El alba se levanta como una húmeda rosa
Cuyos pétalos caen en una lluvia de oro.
El poeta apostrofa con su clarín sonoro
A la columna en marcha; lo que dice, resuena
Como el flujo de bionce de una hornalla harto llena.
Tan fuertes son sus alas, que aquel ser de ancho aliento
Parece que en los hombros lleva amarrado el viento.
Es el gran luminoso y es el gran tenebroso.
La rubia Primavera le elige por esposo.
Él se acuesta con todas las flores de las cimas.
Las flores le dan besos para que él les dé rimas.
El sol le dora el pecho, Dios le sonríe—apenas
Hay nada más sublime que esas sonrisas, llenas
De divinidad, que hacen surgir sobre la oscura
Silueta de los montes una inmensa blancura
Zodiacal.—Forja el hierro de su peto y su casco
La Paciencia en los yunques de una ideal Damasco,
Y el Silencio custodia la hoguera donde amasa
Con bronce y sombra el verbo que templará en la brasa.
A fin de que los hombres alcancen con sus bocas
Su oreja, enormemente sentado entre dos rocas
Como un afable condor, les escucha; y los hombres
Crean que están á un mismo nivel, almas y nombres,
Y cabezas. Los grandes hombres y las montañas
Es forzoso que siempre estén de pié. Estrañas
Son las voces del antro á la cumbre. La oruga
Que esconde entre las hierbas su imperceptible fuga,
Ve al águila y opina: «eres un ser monstruoso,
Águila!» En cambio el águila no ve á la oruga. Hermoso
Y divino es el cielo porque es indiferente
A las nubes que le hacen mal. El cielo es la frente
De Dios, sobre la eterna serenidad suspensa:
Cuando se llena de astros y sombra, es que Dios piensa.
El cielo se repite en las frentes radiosas.
No importa que ellas sean claras, ó misteriosas
Ó formidables, siendo capaces del martirio.
¡No de la infamia! Tanto vale rasgar un lirio
Como manchar un astro; el viejo Cosmos gime
Por la flor y la estrella con un amor sublime
Y total. Grave enigma de amor! Esto consiste
En que el gran Sér no quiere que ninguno este triste.
Y el dolor ese fuego que exalta todo nombre,
(Cristo sangriento, brilla; triste, sudá como hombre.)
Es un heroico vino que ignora la tristeza.
Hombres! no escupais nunca sobre una gran cabeza.
No séais mancha cuando pudierais ser herida.
El hierro sufre en lo hondo de la fragua encendida,
Pero hasta hoy nadie ha visto las lágrimas del hierro.

El poeta es el astro de su propio destierro.
Él tiene su cabeza junto á Dios, como todos,
Pero su carne es fruto de los cósmicos lodos
De la Vida. Su espíritu del mismo yugo es ciervo,
Pero en su frente brilla la integridad del Verbo.
Cada vez que una de esas columnas, que en la historia
Trazan nuevos caminos de esfuerzo y de victoria,
Emprende su jornada, dejando detrás de ella
Rastros de lumbre como los pasos de una estrella,
Noches siniestras, ecos de lúgubres clarines,
Huracanes colgados de gigantes crines
Y montes descarnados como imponentes huesos;
Uno de esos engendros del prodigio, uno de esos
Armoniosos doctores del Espíritu Santo,
Alza sobre la cumbre de la noche su canto.
[La alondra y el Sol tienen de común estos puntos:
Que reinan en los ciélos y se levantan juntos.]
El canto de esos grandes es como un tren de guerra
Cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.
Cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas
De trompeta, que mueven el alma de las rocas
Y de los mares. Hugo con su talón fatiga
Los olímpicos potros de su imperial cuadriga;
Y, como de un oceano que el sol naciente dora,
De sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.
Dante alumbra el abismo con su alma. Dante piensa.

Alza entre dos crepúsculos una portada inmensa,
Y pasa, transportando su empresa y sus escombros:
Una carga de montes y noches en los hombros.
Whitman entona un canto serenamente noble.
Whitman es el glorioso trabajador del roble.
Él adora la vida que errumpe en toda sienbra,
El grande amor que labra los flancos de la hembra;
Y todo cuanto es fuerza, creación, universo,
Pesa sobre las vértebras enermes de su verso.
Homero es la pirámide sonora que sustenta
Los talones de Júpiter, goznes de la tormenta.
Es la boca de lumbre surgiendo del abismo.
Tan de cerca le ha hablado Dios, que él habla lo mismo

Aquella gran columna se ha poblado de voces:

«Las cosechas proficuas esperan nuestras hoces,
Los metales, esclavos de inmutable obediencia,
Trazan la ruta. El índice severo de la ciencia
Señala el paraíso de la grandeza humana;
El yunque y el martillo, sí; mas no la campana.
La razón es el lábaro del ideal eterno;
La razón que no admite ni el cielo ni el infierno.
Dios es un viejo amo, desterrado monarca
Que agoniza en la inmensa desolación de su arca.
—Substituir la noche por la aurora, y el falso
Culto por la evidencia de la luz; y el cadalso
Por el libro; ser astro, ser cumbre, ser progreso;
Sentir sobre la frente la dicha como un beso
Floral; prender al flanco de la tiniebla el rayo
Cual flamijera espuela; contradecir el fallo
De los siglos; dar cimas á la conciencia augusta;
Romper los viejos moldes de la creencia injusta;
Confiscar á la sombra su vasto calabozo;
Anejar las tinieblas en un vasto alborozo;
Deshacer para siempre las coronas de espinas;
Sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas;
Desencajar las claves del formidable techo
Que encubre la sombría negación del derecho;
Bautizar con vitales perfumes toda frente;
Esprimir frescas uvas sobre el deseo ardiente;
Desafiar las borrascas con la altivez de un cedro
Secular; pedir cuentas á César como á Pedro
—«César que mata y Pedro que miente!»—alzar la mano
Hasta la consagrada mejilla del tirano,
Y con el mismo esfuerzo que inicie la venganza,
Ante el culto de muerte proclamar la Esperanza:
¡Hé aquí el nuevo dogma! Dios, lacerante yugo,
Es el primer tirano y es el primer verdugo,
La libertad le niega, la ciencia le suprime:
La libertad que alumbra, la ciencia que redime.
A destronarle, picas! Guerra á Dios! Muerte al mito!

—Mas ¿con qué váis, entonces, á llenar lo infinito?

No! la fe es la suprema reveladora. El mundo
Es un milagro eterno de fe. Lo que es fecundo,
O luminoso, ó bello—amor, estrella, rosa—
Certifica el imperio de una ley misteriosa
Que combina la trama de los destinos, y hace
Converger los esfuerzos de todo lo que nace
Sobre un eterno foco que ejecuta y que piensa,
Tal como el haz de músculos de una derecha inmensa.
La fe es una montaña llena de precipicios.
En sus cavernas moran las larvas de los vicios:
Lo negro es lo monstruoso. Su cuesta es agria y dura.
En todas las montañas sólo la cima es pura.
La cima es el esfuerzo visible del abismo
Que lucha en las tinieblas por salir de sí mismo.
El alma tiene una fe. Si el alma descuellla
Sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.

Pueblo, sé poderoso, sé grande sé fecundo;
Abrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo;
Respira en las montañas saludables alientos;
Destuerce los cerrojos del antro de los vientos;
Recoje las primicias de los frutos opimos,
Ciñete la corona de espigas y racimos;
Desarma la muñeca y el calcañar del fuerte
Cuyos sobacos huelen á bravío y á muerte;
Fundas en las nuevas aras los dogmas fraternales
Noblemente rodeados de nimbos siderales;
Borra de tus encias la hiel de todo insulto;
Y haz que las hostias sean, en tu moderno culto,
No de carne sangrienta sino de dulce trigo.
El Tío Sam es fuerte. Arraigada en su ombligo
Tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza
Hay no sé qué proyectos de una informe grandeza:
Aprende el recio canto que esfuerzan sus martillos;
Muerde con sus tenazas la cuña de tus grillos;
Pon en las férreas ancas de sus locomotoras
Una gigante carga de nubes y de auoras;
Desflora con su hierro las cumbres familiares;
Y alzándote desde esos gigantes altares,
Proclama á Dios, en frente de las excelsas lumbres
Del Sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.
Castiga si hay infamia que castigar: nivela
Los antros, no las cimas; alza tu blanca vela
Sobre el egregio mástil de la fé; tiende al viento
Como un plumaje de oro todo tu pensamiento,
Y abre á la aurora tu alma como un bosque armonioso,
El astro de tu suerte flota en lo misterioso.
Algo, como una sorda germinación que abraza

Con sus potentes vástagos la carne de la Raza,
Algo que sobre el monte de tus espaldas pesa
Cual la triunfante garra de un cóndor que hace presa,
Pretende libertarte de -u peñón sombrío:
Salvadora borrasca que sacude al navio,
Obscuras expansiones del oculto renuevo,
Alas que se presienten en la eclósion del huevo.....
Tú eres el arca errante del abismo. Tu frente
Es el lecho de sombra del ideal naciente.
Los siglos te desean, pero tu alma está obscura
Todavía; la llama divina que fulgura
Sobre el total esfuerzo de las razas, no brilla
En tu cabeza. El árbol duerme aún en la semilla.
Mas la semilla en lo hondo del porvenir vegeta.
De ella surgirá este átomo, este sol:

Un poeta!

¿Un poeta? Es preciso. Dios no trabaja en vano;
Cuando sobre las cumbres del pensamiento humano
La noche se constela de lejanos fulgores,
Cuando las grandes lenguas del viento dan rumores
Inauditos, y cuando sobre esas cumbres flota
La inefable caricia de una armonía ignota,
La luz presente al astro, la fe presente al alma.

Dios trabaja en el seno de una inmutable calma.
Pero las grandes voces: el trueno, el mar, el viento,
Dicen las predicciones de aquel advenimiento.
—Yo escuché esas tres grandes voces: Dios ha querido
Que esas tres grandes voces se escaran en mi oído.
Dios ha dicho palabras á la hoja de hierba;

Pueblo del Nuevo Mundo, tú eres la gran reserva
Del porvenir. Tu grave destino que medita
El vasto pensamiento de la sombra, palpita
Como el feto de un astro futuro entre el oleaje
De las Causas divinas. Tu frente alta y salvaje
Deja correr en olas pensamientos sombríos,
Tal como una montaña madre de muchos ríos.
Tus esperanzas, formas que en lo vago se mecen
Llenando excoisitudes luminosas, parecen
Una visión de torres bajo una alba dorada.
Allí está Dios. Su mano paternal levantada
Sobre el abismo, enseña las proficuas cosechas.
En su mirada de oro vibran sublimes flechas.
Su seno es inefable. Su poder no fatiga
Ni un pétalo de rosa, ni una antena de hormiga.
Vosotros los siniestros que le llamais tirano,
Vosotros los campeones del ideal humano,
Vosotros los intérpretes austeros de la Vida,
Vosotros los apóstoles de la razón deícida,
Los que quereis derecho, libertad, luz, aurora,
Para todo el que sufre, para todo el que llora,
Para todo el que piensa, para todo el que canta,
Oh admirables rebeldes de la luz: si os espanta
Que Dios reine en sus ciélos, que su grandeza impere
En todo lo que vive y en todo lo que muere,
Que su palabra, llena de celestes cariños,
Cubra de bendiciones las cunas de los niños,
Que el trueno de su boca desarraigue los montes,
Que el fulgor de su gloria llene los horizontes,
Que el rayo de sus ojos omnipotentes, vibre,
¡Dejadle, por lo menos, que sea un hombre libre!...

—Los astros centelleaban de furores divinos,
Y daban fuertes sonos como un bosque de pinos
Flameantes, cabalgado por el huracán, sonos
Que flotaban cual nubes sobre los escudrones
De aquella gran columna blasfema. El mar oía,
Oía la montaña, la selva, el antro, el día,
Presintiendo un cercano temblor de cataclismo
Ante esas formidables alarmas del abismo.
Aquellos sonos eran las palabras de una ira
Tenebrosa que hablaba como el viento en la lira.
«¡El alma está en peligro!» clamaban. Desde el cielo
Caían sordas lágrimas de sangre y luz; el duelo
De las sombras pesaba sobre la tierra inerte
Como un árbol sobre una meditación de muerte.
La Cruz austral radiaba desde la enorme esfera
Con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera
En sus terribles brazos crucificar al polo.
En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo
Entre mi pensamiento y la eternidad. Iba
Cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba
Los astros continuaban levantando sus quejas
Que ninguno sentía sonar en sus orejas.
Rugían como bestias luminosas, heridas
En el fianco, mas nadie sujetaba las bridas;
Nadie alzaba los ojos para mirar aquellas
Gigantes convulsiones de las locas estrellas;
Nadie les preguntaba su divino secreto;
Nadie urdía la clave de su largo alfabeto;
Nadie seguía el curso sangriento de sus rastros...

Y decidí ponerme de parte de los astros.

LEOPOLDO LUGONES

Argentino

LA NOCHE

Era una noche tropical de aquellas
En que todo es amor y poesía:
Eclipsando las pálidas estrellas,
En el alto zenit resplandecía.

Hermoso globo de marfil, la luna
Y el puro azul del cielo brillantaba:
En el terso cristal ráfaga alguna,
Ni un leve copo de algodón flotaba.

¡Qué claridad tan plácida y suave!
Nada por cierto que envidiar tendría
Sino la intensa luz, el calor grave
Al esplendor magnífico del día!

La quietud, el reposo y el beleño
Brindan la calma y el solaz profundo:
Y los dioses seráficos del sueño
Pliegan los ojos del cansado mundo.

Del céfiro deleitan los halagos:
Entreabren las flores sus corolas:
Aduérmense las aguas en los lagos
Y se acarician flébiles las olas.

Se esparcen por los tibios horizontes
Ligeras sombras, vaporosas brumas:
Corren vagos rumores por los montes:
En las cascadas brillan las espumas.

Ilumina su faz el toscó muro:
En perfumeros tórnanse las flores:
En las alas del aire, terso y puro,
Van disueltos balsámicos olores.

Vienen del mar las refrescantes brisas:
Las cabañas divisanse á lo lejos:
Del blanco campanario las cornisas
Son, á los rayos de la luna, espejos.

Por el aura los árboles mecidos
Del jardín en los cuadros deliciosos.
Dibujan en los céspedes floridos
Reflejos de la luna temblorosos.

Noches de los co'quios y paseos
En que suenan las arpas por sí mismas,
Y coronan de luz nuestros deseos
De la ilusión los misteriosos prismas.

Noches en que los ojos visionarios
Descubren otros mundos y otras vidas:
Y del alma en los viejos relicarios
Renacen las memorias bendecidas.

Noches son de esperanzas y embelesos
Cuando al muelle susurro de las palmas,
De los labios escápanse los besos,
Electrizadas búscanse las almas.

Horas son las más gratas del planeta.....
¿Quién entonces no siente un vivo anhelo;
¿Quién no ambiciona entonces ser poeta
Y volar por los cármenes del cielo?

¡Qué bella noche para andar á solas
Por el jardín sin rumbo dos amantes!
¡O en leve esquife sobre mansas olas
En plática feliz bogar errantes!

Para estar en las ruinas quejumbrosas,
Viajeros de la vida, recordando
El triste fin de las humanas cosas
Y en la historia del mundo cavilando.

¡Qué bel'a noche para andar dichosa
Por las desiertas calles sin testigos,
Al són de la guitarra melodiosa,
La comparsa de jóvenes amigos!

¡Y al pie de las ventanas entreabiertas
Dar música á las niñas de su encanto,
Mientras desde su lecho ellas despiertas
Con gusto escuchan el alegre canto!

¡Qué bella noche para estar contentos
Bajo los corredores alumbrados,
Del padre oyendo los sabrosos cuentos
En su torno los niños agrupados!

¡Para mirar la luna cómo brilla
Sobre las olas de la mar risueñas,
Sentados pensativos á la orilla
En solitarias y lucientes peñas!

¡Para oír los rumores que, perdidos,
Llegan en alas del nocturno viento,
O en la quietud inmóvil ver dormidos
Los altos murallones del convento!

¡Qué bella noche para alzar la mente,
¡Oh Tierra! de tus misereros abrojos,
Y volver al espacio refulgente
Del angustiado corazón los ojos!

¡Para en transportes nobles y benditos
Dirigir hacia el bien el sentimiento;
Y en medio de los cielos infinitos
Levantar al Creador el pensamiento.

RODOLFO MENÉNDEZ.



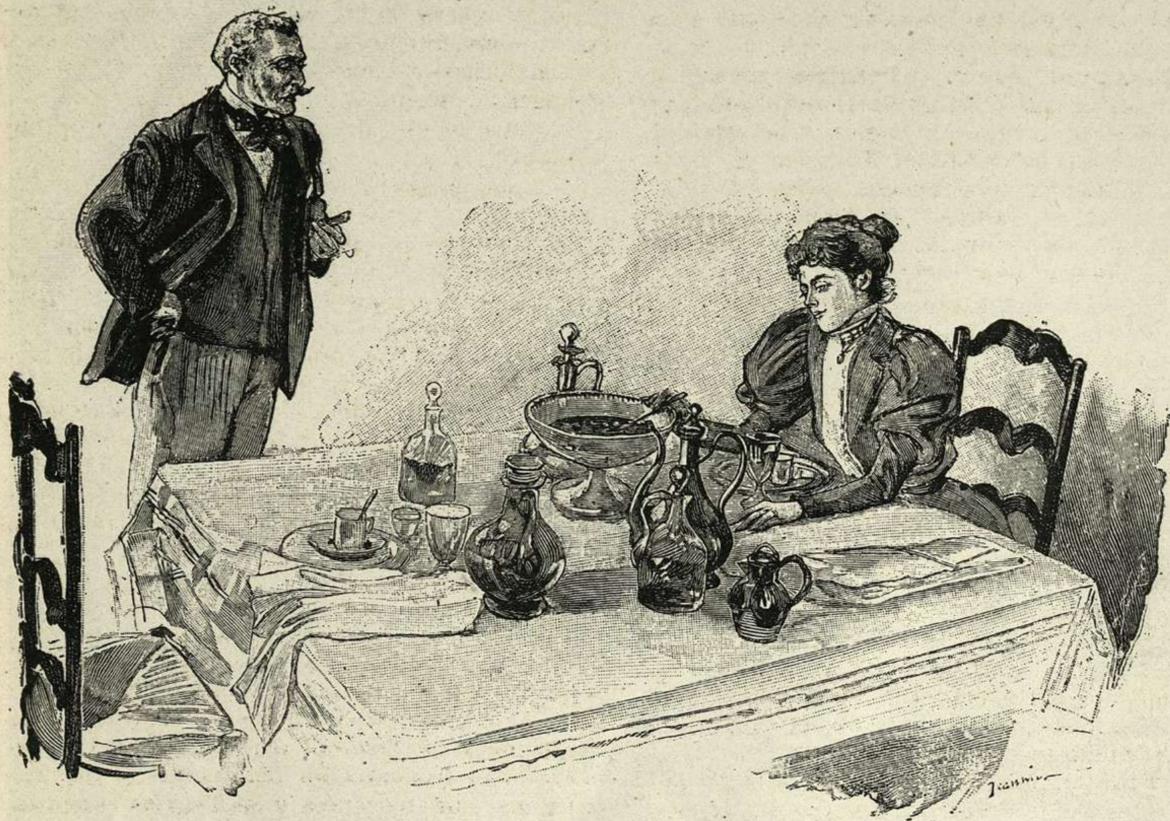
LA NOCHE

(Último de la colección de cuatro grabados.)

LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 4



El invierno tiene también su poesía: la de la lucha contra los elementos ingratos del cielo y de la tierra; el melancólico sufrimiento de todo lo que se marchita, y la convicción de que al fin de la lacha está la victoria. Todo esto es más hermoso que el adormecimiento abrumador bajo los rayos de un sol de estío.

Puymaufroy se lo hacía notar á Claudia, y esta encontraba la conclusión de que en este mundo todo va perfectamente bien.

Claudia se maravillaba de las aves de paso que rápidamente hendían el viento para ir en busca de mejores climas.

—Vea vd. padrino, si hasta puede decirse que piensan.

—Sí, niña, pero pensar no es su más ruda tarea. A nosotros nos pasa lo contrario.

El herido estaba sentado junto á las cenizas del hogar, la mano bajo las vendas ensangrentadas, y parecía haber tomado filosóficamente su desgracia.

—Podré trabajar todavía, dijo, y luego añadió con sincera alegría: y sin embargo, ya estoy exento del servicio militar.

Como Claudia lo había previsto, el enfermo no carecía de nada. Acaso la madre expresó su gratitud por la visita que recibía, con palabras y acciones de servil humillación; pero ¿cómo guardar el punto medio, cuando se depende de otro de un modo absoluto?

La alegría que causó al joven poder librarse del cuartel, desagradó á Claudia que al regresar á Santa Radegunda se lo dijo así á Puymaufroy.

—Esta ausencia de civismo, respondió el padrino, no me es simpática; pero, dime: ¿qué conoceríamos de los verdaderos sentimientos de esas gentes, si la educación les hubiera dado el barniz de la hipocresía? Estos siquiera se presentan, tales como son, en tanto que otros cuya manera exterior de ser te agrada, son comunmente peores. Y además, el infeliz que en tiempo de paz halla el servicio militar como una carga abrumadora, acaso llegaría en la oportunidad de una guerra, á la altura de los héroes.

Habían vuelto al camino y andaban rápidamente como se hace en invierno, cuando un tilbury que venía en sentido contrario se detuvo de pronto. El Conde Armando Hauteroche que descendió de él era un gentil hombre de buena casa cuyos antepasados se habían distinguido en las guerras legitimistas. Un rústico en el sentido más lato de la palabra, desprovisto de toda cultura, gran cazador y buen ginete, que gastaba alegremente el resto de su fortuna en las tabernas, cambiaba chanzonetas con las arrendatarias en ausencia de sus maridos y cantaba coplas picantes con los campesinos en las fériás.

Puymaufroy experimentó una sorpresa desagradable al verlo que trataba á Claudia con familiaridad, pues no sabía hasta qué punto era bien visto Hauteroche en Santa Radegunda, y aumentó su disgusto cuando el recién venido anunció con desparpajo que iba á acompañarlos hasta el castillo. Esto era tanto como invitarse á almorzar. La joven no pareció contrariada, y el paseo terminó entre las banalidades de una sosa conversación sobre el frío del invierno y los placeres del campo. La acogida de Domingo no fué de lo más cariñosa, pues aún recordaba que Enrique habló mal de la Sra. Fourchamps cuya gracia le parecía encantadora.

Por otra parte Hauteroche monopolizó la atención de Harlé refiriendo una cacería, relato complicado que constituyó lo esencial de la conversación durante el almuerzo. Se veía que el gentil hombre deseaba agradar, y para ello desplegaba una facundia empalagosa.

A la hora del café, junto á la estufa, Harlé se desquitó tomando la palabra y diciendo:

—Querido Conde: esas carreras de montería son de lo más hermoso del mundo, pero ¡vamos! usted no piensa sino en ir en pos de las bestias. ¿Y no ha reflexionado usted que también yo soy cazador á mi manera? Sin tener necesidad de cabalgar por el hielo y por el fango, lanzo mi jauría de obreros á la conquista del mundo. Este es un género de *sport* bastante interesante ¿no es verdad? Y además yo no destrozo inutilmente, sino que cobro un tributo como los antepasados de usted, y esto me resulta más provechoso.

El otro no se apresuró á contradecir aunque le enojó oír que se comparaba á sus abuelos con un fabricante de papel, pues por muchos que fueran los avances de éste había que ser indulgente con sus millones, sobre todo cuando estaban acompañados de una niña casadera.

Claudia presentaba cumplidamente al Conde homenajes de admiración por sus famosas cacerías, en tanto que la señora María Teresa explicaba á Puymaufroy los milagros de *Nuestra Señora de la Fábrica* que disciplina el obrero para la celeste vida sin descuidar disciplinarlo para la vida de la tierra.

Hauteroche, por lo que manifestó mayor admiración, fué por la magnífica gruta de donde una poderosa bomba de vapor hacía brotar un torrente de agua sobre los pececillos de un estanque inmenso. Esto le parecía la más alta expresión del arte y expresaba su asombro á gritos.

—Quisiera ser patrón, exclamó de súbito en un arrebató de entusiasmo.

—Lo creo; dijo Harlé aparentando modestia, pero no es tan sencillo mi puesto como parece.

—Esta vez el descendiente de los legitimistas

encontró que el burgues sobre pasaba los límites de la conveniencia; y pretextando que le aguardaba una cita para ver unos caballos, se despidió. Cuando pasó del enverjado iba cruelmente dividido entre su dignidad lastimada y la alegría de los vinos generosos que se compran con los productos del comercio de papel.

Domingo tomó del brazo á Enrique diciéndole:

—Y bien, ¿no dices nada? Apuesto cualquier cosa á que estabas soñando en una bella condesita de Hauteroche que podría llamarse... Claudia por ejemplo.

—Estas loco!

—Pues yo lo he pensado así. El Castillo de Hauteroche es hermoso y en él haría yo una morada de príncipes.

—Sin olvidar la cueva ¿verdad?

—Sí, ya sé que el Conde se encanalla un poco, pero mi dinero lo haría recobrar pronto la fiereza de su raza. Y... figúrate, mi poder aumentado por el prestigio del nombre...

—¿Y conmigo, papá, no tiene que ver ese asunto? ¿Ningún papel me corresponde en la combinación?

—Tu eres el todo en ella y no me guías otro pensamiento que el de tu felicidad. Tienes cuanto se puede ambicionar, excepto un nombre ilustre. Lo tendrás. Atrévete á decir que no has guiado el ojo en son de conquista al Conde!

—Pues me atrevo á decirlo. El nombre es hermoso. es verdad, y aun habría yo hecho los guiños que dices, á fuerza de oír á la señora María Teresa ponderar las grandezas de la noble casa, pero sería ir muy de prisa; tengo apenas veinte años y pienso que no me faltarán ni tiempo ni oportunidad para hacer mi elección, tarea que me corresponde á lo que creo.

—Así es hija mía, pero yo desconfío de París. Los vicios son allí mas temibles y sobre todo más costosos que en el campo. Lo que hay de malo en Hauteroche es que está muy prendado de su legitimidad, pero hoy le dí su leccioncilla que no se le olvidará. Es forzoso que se vaya republicanizando.

¿No han observado ustedes, insinuó dulcemente Puymaufroy, que están discutiendo el matrimonio como una combinación industrial?

—No serás tú quien venga á reformar el mundo, contestó Harlé duramente. Si en la vida imperan las cuestiones de interés, ni tú ni yo podemos remediarlo. Mi deber es reunir para mi hija todas las condiciones de felicidad, entre las que figura en primer término el engrandecimiento de los suyos. Lo demás, depende de ella.

—Y soy capaz de salir del trance tan bien como cualquiera otra; pero te advierto de antemano, papá, que defendere mi opinión.

—Naturalmente—Pero no rehusarás seguir los consejos de la señora de Fourchamps.

Y como Puymaufroy no pudo reprimir un gesto de disgusto, Harlé que lo observaba agregó:

—Vamos, Enrique, no te pongas en ridículo. Es increíble que un parisiense de raza se haya vuelto tan provinciano. Quién sabe mejor que tú los rejugos de París? Tienes algo contra la señora Fourchamps, y eso es todo, pero no la juzgas sin pasión. La vizcondesa es bella, amada y distinguida por todos, y si lo que se le reprocha fué verdad, no sería sino más admirable á mis ojos porque tuvo bastante poder propio para humillar á toda la nobleza haciéndola comparecer en sus bailes de señoritas. Ya ves que no me derrotarás en ese terreno, á mí que nada conozco más bello que la fuerza. Por otra parte estamos esperando á la señora Fourchamps y pienso que no vas á intentar comértela, aunque me tranquiliza la convicción de que ella no se dejaría.

—Y cuando llega?

—Pasado mañana. Pero me están llamando. Adios.

—Claudia, te habías propuesto ir hoy á almorzar conmigo ¿quieres que te espere yó mañana?

—Sí, padrino, con mucho gusto.

Caía la tarde. Al paso lento de su caballo, abandonadas las riendas, Enrique como siempre meditaba tristemente. La batalla iba á ser más ruda aun de lo que se había imaginado. ¿La señora Fourchamps, Domingo y Claudia ¿Claudia tam-

bién! no son demasiado contra él que solo tiene á la muerta de su parte?

IV

Cuando al día siguiente el *poney* hizo su entrada en el patio mayor de Puymanfray, Enrique que había estado esperando en su ventana, descendió con paso resuelto como un luchador que se lanza á la arena. Desde su ventanilla Naneta observaba y al descubrir la cara angulosa de la señora María Teresa amoratada por el frío apesar de los abrigos, le disparó con la mirada dura y los dientes comprimidos algún deseo nada cristiano, como bala de bienvenida.

Sin embargo Claudia y el Marques, del brazo riéndose y con aspecto de alegría como dos enamorados franquearon la entrada hasta el salón y cuando Naneta llegó allí, dos besos juveniles le acariciaron las mejillas.

—Buenos días, Naneta ¿que habrás pensado de mí? Tres días sin venir ni enviar noticias. Eso no se perdona. ¿Y creeras que mi padrino no me hizo ayer ni un roproche y que yo no anticipé mis excusas para no mentir?

Entonces, señorita no hay que volverlo á hacer. Las buenas amistades no son comunes, y un padrino como el que usted tiene, no está nunca suficientemente bien amado. Ya sabrá usted esto más tarde.

—Si veniste para sermonearnos, bien puedes regresar á tus quehaceres, le dijo Puymanfray. A bien que la señora María Teresa está helada, llévala junto á un buen fuego, mientras nosotros vamos á pasear al jardín.

Y Claudia y su padrino bajaron al severo y hermoso parque de Puymanfray. Claudia le tenía cariño y comprendía por instinto que el falso jardín inglés de Santa Radegunda con sus rocas artificiales, sus ríos blanqueados por la pasta de la fábrica y las cifras de Harlé pintadas de rojo y blanco entre los hierros de la puerta de honor, no eran la última expresión de la elegancia. Sin embargo habría querido más corrección en el Parque de Puymanfray.

—Padrino, dijo, esto es en verdad muy bello helado y con estos resplandores que deslumbran. Pero no sería mejor si se le pudiese suprimir algo de esa vegetación salvaje?

—Sí, mi vida, se podría gastar mucho dinero para que volvieran á las bellezas del pasado todos estos encrespamientos de selva pero como prodigé en otras cosas mi fortuna no puedo hacerlo, y además hallo cierto encanto en este abandono de la naturaleza. Es como una bienvenida anticipada de la tierra que me espera. Tú no puedes comprender esto. Si exprimiera un poco á mis arrendatarios, ó quitara mis tierras á algunos campesinos que viven en ellas, podría hacer esos gastos y otros mayores, pero no sé hacer eso; me pagan con rosas en la primavera y con sonrisas siempre y estoy en mi negocio!

—Usted es muy bueno, padrino.

—Soy hombre y eso es lo que gané al arruinarme. La riqueza aísla el corazón, suscita en torno del rico odios de egoismos vencidos y le trae vanaglorias de egoismo vencedor. Si fuera yo industrial como Harlé, cifraría como él mi gloria en aumentar dividendos superfluos á costa de las mezquindades de insuficientes salarios; pero como no soy más que feudal caído, me río de las cóleras de Naneta cuando mis feudatarios vienen á pillarme las frutas ó las legumbres.

—Pero no los excusará Ud. sin embargo!

—Pues sí los excuso. Aunque hago poco por ellos, tengo una gran idea de mi generosidad en tanto que á su juicio lo que les doy es poco en comparación de lo que les podía dar. La diferencia de puntos de vista ocasiona estos errores.

—Pero no debemos privarnos de todo por los demás.

—Tranquilízate; no me quedaré sin tener que comer. Lo que desearía que comprendieras es que fuera de la humanidad especializada, deformada por la riqueza y que se te ha hecho conocer con el nombre de el mundo, hay otra humanidad más vasta, deformada también pero por la miseria y hácia la cual tu posición te obliga á acercarte con indulgencia. Esta humanidad está muy cerca de tí, hija mía, y un revés de fortuna te haría descubrirla desde luego. En lugar de volverle la espalda, ve á buscarla con los brazos abiertos; y las alegrías que no te da tu vanidad de clase, las encontrarás en tu conciencia.

—Pero nosotros hacemos el bien. Papá lo hace.

—Sí, con su cuenta de debe y haber pues entra en los gastos de explotación. Se pone en regla

con la Junta de Socorros de su Curato y luego redobla las extorsiones sobre los mismos para cuyo auxilio contribuyó. No sabe esas palabras amistosas que llegan al corazón, pero no es por culpa suya, no ha tenido oportunidad de sufrir. Y si se arruinara.

—¿Y á mí me desea Ud., padrino, esa oportunidad que dice?

—Tal vez. ¿Qué más necesitarías tú que estas tierras que al fin serán tuyas? Los millones te harán más daño del que tú te imaginas, porque te convertirán en una cosa artificial muy bella, con el alma falseada irreparablemente si no te sabes defender de esa deformación. También yo fui millonario y también hice muchos males sin tener conciencia de las ocasiones de bien que se me presentaban; una eventualidad me arebató del abismo y empecé a ser hombre.

Claudia oía sin entender y se sentía atraída, retenida por la fuerza de un amor verdadero en extraña rebelión contra todas las cosas de donde le venían promesas de placeres. ¿Qué le quería esta afección feroz que le deseaba la ruina? Mil preguntas le venían á los labios y no se atrevían á traducirse en palabras. Puymanfray despechado por esta muda resistencia, comprendió que su falta consistía en querer hablar á la razón en vez de acudir al sentimiento y no hallaba como empezar. Los dos se amaban bien pero se comprendían mal, y trabajados por el tumulto de sus pensamientos y en desacuerdo mutuo, acabaron por callar.

La campana del comedor los despertó bruscamente. Claudia dió un salto de chiquilla y se arrojó al cuello de Puymanfray.

—Padrino, dijo, yo le amo á usted como me ama y veo que le aflige mi manera de ser, por más que está conforme con las inspiraciones de cuantos me rodean. Debo estar equivocada. Pero papá me dice cosas muy diferentes, apoyándolas con ejemplos diarios. Sea usted indulgente con mi mala cabeza y. á besarme.

Dos besos sellaron la tregua y padrino y ahijada fueron á unirse á Naneta y María Teresa, que parecían conversar amistosamente al pié de la escalera.

Naneta no había perdido el tiempo y en vez de perderse en vanas escaramuzas, había emprendido la tarea de insinuarse en el favor de la política señora, cuya superioridad intelectual se complacía en proclamar. La astucia jesuítica debía rendir las armas ante la sagacidad campesina y Naneta recibiría las confidencias que, según los designios de la señora María Teresa, debían permitirle influir en el espíritu del Marques. Toda la mañana la rústica había estado oyendo las historias de la casa de Hauteroche para finalizar por este arranque de ingenuidad:

Pues la señorita Claudia haría una linda condesa!

—Eso es lo que quiero, contestó la otra.

El almuerzo fué alegre. Las últimas palabras de Claudia habían deslizado rayos de sol al corazón de Puymanfray y, la niña feliz con una dicha que venía de ella, se entregaba ingenuamente á la alegría.

Cuando quedaron solos junto á la mesita en que se sirvió el café, se contemplaron un rato en silencio y luego exclamó Claudia derrepente.

—Vamos, padrino, dígame usted ahora qué quiere de mí.

—Que tú seas tú, es decir, una alma recta, un corazón bueno, en vez de dejarte ganar por las malas tentaciones que te asedian.

Tu padre te ama, no lo dudo, pero te ama por él en tanto que yo te amo por tí! Tiene ambiciones de capitales y de grandezas, á las cuales te asocia creyendo beneficiarte. Quiere que seas instrumento para su dicha y la tuya; y. . . . ¿qué harás entre todas esas magnificencias? Ya lo sé: fastidiarte después de fugaces placeres que agotarás, tratando luego en vano de revivirlos. Con el espíritu estragado, el corazón vacío, ¡quién sabe á qué locuras puede lanzarte la necesidad de extender tu dominación de beldad, tu poder de riqueza! Ya has visto de París cuanto puede ver una niña, se te ha paseado por Italia antes de que pudieses comprenderla y arrojando al aire la bella flor de tus sorpresas, te han robado la alegría de desear. Busca algo que pedir y no lo encontrarás. ¿Qué esperas del matrimonio? Satisfacciones de vanidad ¿y luego?

—Entonces ¿es Hauteroche el que trae á usted preocupado? ¿Será una desgracia muy grande llegar á vizcondesa? Usted es Marqués, padrino y eso en nada le perjudica.

—Yo no ridiculizo á la nobleza, sino que la juzgo: es todavía un adorno que ansían los millonarios. Mi abuelo Panetier que compró con su dinero el nombre de mi padre, enriqueció vendiendo á los soldados del segundo imperio zapatos con zuelas de cartón. El fundador de mi raza debe haber sido no hace muchos siglos, como lo indica mi nombre, un pastor nada limpio. Yo quisiera enseñarte la cabeza de un antepasado de los Montmorency solamente del tiempo de César, y verías de que inauditas mezclas hemos venido á resultar. Hauteroche mismo. . . .

—Pero padrino, si no quiero casarme con Hauteroche.

—Nunca pensé que dejarías que te casaran con ese borrachín, y sin embargo, no lo has desanimado y aun te has dado la pena de ocultarme sus intenciones. No dudo por otra parte que harás una gran tontería si tomas por consejero á la señora de Fourchamps para guiar tu elección como pretendente tu padre. Esta mujer no vendría mañana á Santa Radegunda si tu madre viviera.

—Nose me impondrá la señora de Fourchamps, padrino; elegiré por mi misma y no sin el conocimiento de vd. se lo juro!

—Oh! Claudia, qué bien has comprendido lo que era necesario decirme. Tu no sabes todo el cariño que hay para tí en mi corazón.—Yo quisiera que seas verdadera mujer y que te enamores siendo amada, porque el amor conduce á la bondad. Eso es lo que puede hacer que estes contenta de tí misma, lo cual es superior á todas las eventualidades de la vida. Oyeme! Nadie te habla de tu madre y yo mismo no lo hago sino temblando: pero ha llegado una hora decisiva y es fuerza que elijas entre los placeres vulgares que no son más que apariencias y las alegrías humanas, las verdaderas, las de la vida dignamente empleada. Ya te lo he dicho, yo viví mal hasta el día en que la admirable criatura que fué tu madre me abrió los ojos y por la vergüenza del pasado y por mis sufrimientos, me hice mejor. La humanidad me parecía en aquellos tiempos que estaba tan alejada de mí como si perteneciera á otro mundo. . . . así te sucede. . . .! pero luego ví que no es cierto; que todos estamos estrechamente unidos y que es fuerza ayudarnos. Mañana viene el dolor para tí y buscarás el consuelo en una palabra amiga. Si del resto de mi vida maléfica salvé algo noble y generoso á tu madre lo debo: yo le debo todo. Y puesto que espantoso destino la arrebató á los deberes que hoy desempeñaría para contigo, necesito pagarle mi deuda si tu quieres. . . . ¿Me has comprendido?

—Oh, padrino! Nunca me había vd. hablado así.

—El peligro me da valor. Escucha. Cuando tu madre murió yo recibí con ella el golpe fatal; y cuando se agitaba en las convulsiones de la agonía, algo leyó en mis ojos y me rogó que viviera yo para Claudia. Esa fué su última voluntad y la he cumplido, y mírame, procurando redimir en tí lo que ella puso de su alma, porque tu eres su carne, su corazón y no puedes haber degenerado. Pero el mundo tiene poder para arrancar del buen camino á las almas buenas; y esos mismos que creen amarte seran arrastrados y te arrastrarán á los prejuicios de que su espíritu está colmado, á los errores que traeran más tarde la expiación. Y yo que lucho por recobrarte y que día por día he luchado veinte años, resultaré inhabil ó cobarde, inferior á la misión que tu madre me encomendó, al caer vencido como lo temo, solo contra todos, en resistencia desesperada contra la coalición de los más fuertes. Pero al sentirme abandonado, una fuerza hace brotar de lo mas profundo de mi alma el nombre de aquella que te ama con mi ternura y esto me empuja al combate. Tu buen corazón se torna á ella, déjame creerlo allorar por lo que he sufrido: y al verte llorar también, déjame concebir dulces esperanzas. Es que tu madre vuelve y está dentro de nosotros.

Y los dos sollozando se oprimieron en estrecho abrazo, como para no separarse nunca más.

—Bendita sea esta hora Padrino dijo al fin Claudia. No soy más que una chiquela. ¿Con qué poder irresistible de amor me ama usted para hablarme como lo ha hecho? Y yo, frívola y tonta, ingrata, no conocía esto y había cerrado mi corazón para no recibir al de usted tan grande y tan noble. Perdón! Diga usted que me perdona.

—No puedo decir sino que te amo.

—Dígalo usted.

—Pues bien, sea, te perdono.

—Y yo le obedeceré siempre, como si también fuera mi papá.

En tanto que Puymaufroy al oír esta palabra se estremecía con un delicioso terror, ella continuó.

—Mire usted, yo no soy mala y siempre mi primer movimiento es buscar el cariño protector de usted. Solamente que usted padrino, está siempre triste en este mundo que es regocijado y hermoso.

—Eso crees?

—Eso, y no puede usted admirarse de que yo vea feliz al mundo. No pienso que estime usted justo encerrarme en Santa Radegunda. Papá me facilita todo y usted se alarma por el porvenir. Tal vez tenga usted razón. ¿Pero como no he de estar agradecida al presente que se porta tan bien conmigo? Todo me rie, todo me ama. ¿Que vendría bien un poco de desgracia? No tentemos al destino. Déjeme usted que intente ser buena sin pasar por la prueba del sufrimiento, y aunque sea difícilillo se andará contando con el apoyo de usted. Mi padre me ama á su manera y me quiere triunfadora con sus riquezas para que sea yo un elemento fuerte de su prosperidad. No es posible cambiar su carácter. ¿Por qué no aprovechar el espectáculo de brillo que sus éxitos atraen y retienen en torno mío? Yo sé que mis millones son más codiciados que mi amable personita, pero la comedia es alegre y me quiero divertir. Los placeres no son malos en sí; el peligro es que se apoderen de la vida. Pero con usted no corro ese riesgo, porque permanecerá á mi lado como conciencia intransigente y vigiladora. Yo le contaré todo, reiremos y lloraremos juntos como personas que se aman bien, y eso es lo mejor.

¿Qué cuadro de felicidad sobrehumana! Mucha dicha después de muchos sufrimientos. ¿Pero cómo resistirse?

Si Domingo no hubiera estado tan distraído con la fábrica, hubiera observado á la hora de comer, en Santa Radegunda, los ojos brillantes, el hablar breve y nervioso y el raro acento de alegría de su amigo. El no se inquietaba por eso pues conocía las expansiones de la ahijada y el padrino y no veía en sus ensueños de un día más que una nueva razón para redoblar sus esfuerzos.

Por su parte Puymaufroy, seguro de Claudia sentía frente á Harlé algo como escrúpulos de abusar de su victoria.

A su regreso, á media noche, revivió las impresiones del día en su conversación con Naneta la cual había creído abrumarlo con el peligro de Hauteroche.

—La niña es nuestra, decía abrazando á Naneta regocijado. He vencido por Clara y para Clara. Le devuelvo á su hija salvando en ella lo que quedaba de la eterna ausente.

Esa noche casi no durmió. Cada gesto, cada inflexión de voz, cada palabra de Claudia, volvían á la memoria de Puymaufroy vertiendo sobre los antiguos sufrimientos, caricias de una voluptuosidad profunda. El buho de siempre cantaba ahora la esperanza en los ensueños nocturnos, y proclamaba la victoria de lo invisible contra Domingo vencido. Entonces una piedad generosa surgía del alma del vencedor, pensando que la fatalidad había hecho su víctima á aquel fuerte entre los fuertes.

V.

La señora de Fourchamps fué acogida en Santa Radegunda con honores de Reina, lo cual convenía á sus inclinaciones. De nacimiento menos que mediocre, había recibido del cielo el don de la dominación sonriente. Llevaba veinte años de venir reinando por su beldad y su gracia, dulcemente acompañada de cierto desprecio indulgente por todo aquello que no gravitaba en su órbita. París tiene para sus reinas del teatro ó del mundo inauditos tesoros de adulación. Proclamada bella una mujer, aunque sea simplemente simpática, conserva su fama de belleza hasta los últimos desplomes de la ruina. Se ha visto á celebridades del Imperio brillar todavía en veinticinco años de la República. La Señora de Fourchamps no era de esas y sin embargo acudía ya al supremo recurso de los afeites y de las pinturas que acentúa las líneas y pone de relieve bajo el encanto de la sonrisa el implacable esfuerzo de la voluntad.

Después de haber sido sucesivamente morena y rubia, ahora era pálida como todas las hermosuras de este tiempo y hacía entre la juventud (de lo cual Claudia era testigo) propaganda de los afeites y colores con que ella se embadurnaba. Conservaba ojos bellos, radiantes de promesas que se encargaba de desmentir la imperiosa con-

tracción de los labios. Su voz era de mando y el talle recto, y la fría corrección de las formas con cierta elevación altiva de la cabeza, imponían.

Su marido, uno de los turistas más famosos, las encontró en los Alpes y se declaró su adorador antes del regreso á Chamounix. Como no tenía más de veinte mil libras de renta, vendió sus tierras de Normandía para confiar á la que ya era su esposa, la inversión de su fortuna en mejores empresas.

El matrimonio se instaló con lujo en París y los capitales se colocaron con tan buena fortuna que en breve aumentó el lujo para evitar la maledicencia. Entonces fué cuando María de Fourchamps reveló su superioridad, pues rodeada de una corte brillante, puso todo empeño en procurarse apoyos. Los millones de Israel siempre listos para las autoridades mundanas fueron el primer elemento aprovechado y luego el de los periodistas mercenarios dispensadores de toda fama y vengadores de toda ofensa.

Los Fourchamps, á la verdad eran de nobleza dudosa; pero el alto favor de un Archiduque, apoyado por obsequios de dinero á ilustres amigos apremiados por el sastre, había puesto á la vizcondesa en contacto familiar con príncipes y monarcas. Al abrigo de tan sólidas murallas, podía desafiarse y desafiarse en efecto al universo, desarmando con su gracia las maledicencias atraídas por su éxito insolente, sirviendo á todos, buena con quienes la ayudaban y no aplastando más que á los caídos.

Entretanto, Fourchamps otra vez atacado de su pasión por las montañas, seguía las huellas de Humboldt en el Chimborazo. Cayó un día el infeliz en un cráter y allí está todavía á pesar de las investigaciones de su viuda.

El duelo fué de una corrección rara. La educación mundana tiene de precioso que da los más adecuados medios para salvar todas las apariencias, á lo menos presentando la ilusión de que existen los sentimientos necesarios al buen orden y á las conveniencias de la moral pública. La vizcondesa tuvo pues más mérito, aislándose del mundo en una edad en que el precio de los años se hace sentir, y cuando una conducta menos severa le habría sido seguramente perdonada. Pero ¿qué sería de la virtud en la tierra sin una muestra que señale su valor total?

Un año entero la señora de Fourchamps vivió enteramente retirada en compañía del Barón Oppert á quien había encargado de sus intereses: y por un refinamiento de delicadeza que fué muy favorablemente comentado por todos, el barón mismo se abstuvo en ese año de la gran fiesta de flores que siempre daba al principiar Abril.

El baile blanco al que Harlé llevó á Claudia fué, terminado el duelo, una brillante vuelta al mundo de la vizcondeza después de su duelo. Parecería tal vez que se necesitaba cierta audacia para este golpe, pero la viuda no vaciló porque llevando los triunfos en la mano, la partida era segura. Ciertos nombres estaban conquistados y ellos arrastrarían al rebaño aristocrático, de manera que la asamblea virginal fué precipitada desde muy alto con aparato de triunfo por la amiga del barón Oppert. Este por lo demás contribuyó con sus acciones al éxito de este gran día, pues á título de Judío convertido, contaba con el apoyo de la Iglesia. Ya con esto y con recordar que era fabulosamente rico, está dicho todo.

Samuel Oppert salió de Amsterdam como un aventurero; pero después de algunos tanteos atrevidos logrados en la Bolsa de París, tuvo una ráfaga de audacia tan arriesgada, que se la señaló con severos apóstrofes á la elocuencia judicial. Sin embargo, tal fué el éxito que, los tribunales no pudieron menos que callar ante la evidencia, y admirar la limpieza de Oppert que quedó como el armiño.

Más allá de la medida ordinaria, una falta considerable asentada sobre bases de audaz solidez, hace vano todo esfuerzo de reivindicación pública; porque cada uno tiende á la sanción de los hechos consumados, como garantía de conservación general.

Así fué como Samuel Oppert conquistó de pronto un lugar entre los que le despreciaban la víspera, y que por otra parte no podían sino hacer discretas reservas sobre el caso. El culpable mismo hubo de seguir la corriente del cambio verificado. Tuvo la envidia que rendirse; y al apaciguarse las conciencias, vinieron el respeto y aun las alabanzas.

Por su parte el hombre no se envanecía de este éxito principalmente debido á su reciente conver-

sión al Cristianismo, y practicaba sin ostentación después de haber franqueado con serenidad el puente de Moisés á Jesús. El encontraba muy razonable el cambio, porque las fórmulas de su nueva religión generalmente aceptadas, establecían sobre sólido fundamento las gerarquías sociales sin las cuales: decía él, la humanidad entraría en la confusión y el encanallamiento.

Harlé, con vista de la estimación que gozaba el barón en los círculos aristocráticos, no carecía de autoridades que oponer á los ataques de Puymaufroy; y no por que necesitara de Opper para sus proyectos, sino porque tenía muy alta estimación de sí mismo para dejar de creerse igual á este rey del capital que con el capital todo había conseguido.

Sin conocer «las historias del barón» y sobre todo sin querer conocerlas, admiraba su fuerza y le respetaba como la manifestación de una alta personalidad humana. Pero á la vizcondesa era á quien iba toda su alma. Harlé sufría el poder de esta dominadora de voluntades, tanto más cuanto que esa mano delicada y bella en que con deleite y respeto posaba los labios, le abría poco á poco las puertas de ese mundo que se envanece de tenerlas cerradas para todo lo plebeyo, excepción hecha de las salazones de Chicago y otras.

Un misterioso proyecto incubado desde hacía tiempo, iba á colmar la gloria del industrial determinando en él una explosión de poder que le igualaría á los más grandes. ¿Pero qué vale esa soberanía sin la pompa del coronamiento social? Esta recompensa suprema, la vizcondesa la hacía aparecer ante los ávidos ojos del burgués circundándola en una aureola de gracia y beldad.

Un matrimonio que los buenos Padres Jesuitas se apresuraban á ayudar, podía poner á su disposición los abuelos supuestos de los Fourchamps. La aristocracia del dinero debía unirse para su mayor gloria á la nobleza desdorada, pues una traía el contingente de la posesión del mundo actual y la otra el ornamento de sus siglos de historia, marchando unidas á plena luz bajo la dirección del Santo Padre. Se necesitaba de pronto ahogar la revolución y él era hombre propósito para contener á las multitudes. Sus obreros le ayudarían, agruparía toda suerte de intereses, llevaría á la tribuna proposiciones prácticas que avergonzarían á los científicos, y las altas clases podrían rehacerse por él. La sociedad se reorganizaría de un modo fundamental y se sabría entonces lo que hay de voluntad y de fuerza en un jefe capaz de llevar á cabo la obra en que fracasaron otros que parecían más grandes.

Estos sueños que el papelerero creía hundidos en lo más secreto de su conciencia, la señora Fourchamps los había penetrado sin esfuerzo desde hacía largo tiempo. En ciertos días de fatiga, ella se decía que la confusión de los tiempos podía hacerle necesario este fin. De todas las alegrías del mundo ¿qué le quedaría dentro de poco? Había hallado verdadero placer en el reinado de sus encantos, pero la belleza estaba á punto de decirle adios, y solamente le quedaría la inagotable satisfacción del poder.

Tener al industrial anhelante y siempre vacilando entre la esperanza y el temor, no era para ella más que un juego. Se encargó de servir de madrina á Claudia para su ingreso en el gran mundo y Harlé no pudo sino agradecer profundamente el favor. Por la niña, instrumento eventual de las ambiciones de su padre, ella exclavizaba al futuro hombre de Estado: pero desde que comprendió los preliminares de la empresa y aplicó su espíritu á ellos, sintió en Claudia y hasta en el mismo Harlé la resistencia lejana de Puymaufroy. Este era el enemigo que era necesario quitar desde luego del camino; y como no conocía toda la autoridad del poder que le inspiraba temores, resolvió practicar un reconocimiento que la pusiera en aptitud de apreciar la situación con exactitud.

La más minuciosa averiguación sobre el pasado de Puymaufroy no le reveló más que las leyendas de su arrebatada vida de París propias para apartarla del conocimiento del hombre que intentaba sondear. Nada podía despistarla tanto como las investigaciones en París, del misterio que había desterrado al fondo de su provincia al héroe de tantas alegres aventuras. Ni la desesperación de un amor no correspondido ni la pérdida de su fortuna, eran motivos aceptables. . . .

(Continuará)

La seducción eterna

Desde el génesis del mundo asiste la humanidad á un tremendo y taimado combate, á un combate sin tregua. Es una gran batalla en la que el éxito es perpetuamente dudoso y perpetuamente inesperado.

Esta pugna secular se llama la pugna de los sexos.

¿No es cierto pues que los sexos se buscan á través del Universo? No es cierto que la palmera macho, sulamita solitaria, tiende el oro y la esmeralda de sus abanicos hacia la palmera hembra que se yergue, allá, lejos, en la gloria de los oasis tropicales, y le envía el invisible beso que la fecunda?

¿No es cierto que en los nidos no hay cantos de cristal, ni en las corolas miel, ni rugidos de pasión en la selva, ni brillo en los astros, ni albas en los espíritus sin ese soplo que flota en toda la infinidad de los espacios y de los mundos, sin esa flor del amor que solo puede surgir cuando se funden en una dos individualidades que se buscan?

Todo esto es verdad, y sin embargo los sexos se odian se odian amándose.

No parece sino que una desconocida y formidable fatalidad los empuja el uno hacia el otro, cuando son antagónicos, y los hace besarse cuando quisieran morderse.

La fecundación es siempre un atentado y un dolor. El macho se acerca á la hembra tembloroso y vergonzante y la hembra deseándole y todo, le emuerde. Es su enemigo y su deseado. Es preciso que llegue y es preciso que martirice. Algo hay en los cielos ó en la tierra que empuja á ese vencedor hacia la que debe ser vencida; que se trueca misteriosamente en vencedora y hacia ese gran victorioso que es al propio tiempo un debil

Y el amor, ese amor que forja el verso de los poetas como un divino Julián del rey forjaba espadas, y enciende los soles en el azul y agita los corazones hasta romperse é ilumina las miradas hasta radiar:

Ese amor es mentira. Es el perpetuo engaño de los mundos. Diviniza momentáneamente como el velo de Tannit, más la desilusión arranca el velo y la diosa torna á ser mujer y el Dios torna á ser hombre.

El hombre y la mujer se odian antes de resentir ese impulso misterioso y se odian después de haberlo resentido. Nada tienen de común; la naturaleza les ha hecho diversos y el amor que es un mago, momentáneamente los unifica.

Nada hay más real que el odio de las almas, nada hay más real tampoco que el anhelo de los sexos.

* *

Es un cuadro inmortal el que simboliza esa pugna; es un cuadro milenario en el cual solo el accesorio varía. Ocupan el primer término de la escena humana el hombre y la mujer. El es fuerte, ella es hermosa. Ambos llegan á la plenitud de la vida y asistimos al momento supremo y definitivo en que el varón se insinúa. suplica, fascina y manda, y la mujer resiste y cede. Es un acto más de esa tragedia que se llama *La Seducción eterna*.

Ella tiene el alma enlazada como Prometeo, á la roca de un deber. Hay ya un dueño que la posee cuando viene ese otro dueño que la solicita. El amor llegó tarde, porque el amor frecuentemente se dilata

Más que importa? ¿Es todopoderoso y viene á vencer.

El seductor posee en aquel momento todas las bellezas; sus ojos rasgan como flechas de llamas la obscuridad; su voz tiene sonoridades inauditas; es un verbo que abre ante las pupilas enlutadas de la hembra paraísos encantadores; es una voz satánica que repite la vieja frase tentadora del Evangelio:

—Mira el mundo; es muy bello y muy grande: *todo eso te daré si me adoras*

El rostro de ella es un poema Vosotros los donjuanes impenitentes lo conocéis muy bien. Tiene palideces augustas, tristes: las palideces de la angustia, las palideces de la virtud que presiente su derrota.

Ese pliegue doliente de los labios es sublime, esa cinta sutil que raya la frente es divina Hay en la faz el último resplandor pálido de la conciencia intrínseca

No puede ya luchar La voz del seductor es una melodía heroica é invencible; sus manos difunden un calor que hace maleables los pobres corazones de



arcilla; sus ojos continúan relámpagueando

Hay mucha sombra en rededor, mucha sombra y de ella surgen severos y tristes, dos rostros, los de Adán y Eva, condenados á contemplar á través de los tiempos el doloroso drama eterno de la seducción humana: ellos que fueron las primeras víctimas.

Con ellos dió principio esa pugna en que á veces sucumbe el fuerte, y en la que iba de por medio según los libros el Paraíso. El poderoso era Adán, Eva era la débil; más hay en la debilidad femenil una fuerza misteriosa, una virtud arcana.

El hombre gusta de dejarse vencer por la fuerza que no se viste la armadura, que no abraza el escudo, que no vibra el acero; cuando el empuje que va á derribarlo llega mostrando el milagro de la curva, la luz plácida de la sonrisa, el fuego vivificador de la mirada, la música blanda de la voz, el hombre es un Sansón que delata su secreto; un Hércules sumiso á Onfalía.

Adán fué vencido por la eterna seducción y de inmortal tornose carne que se marchita como la verdura de las eras.

Con qué inmensa melancolía contemplan esos primeros caídos, esas primeras víctimas de la primera derrota moral que haya visto el mundo, á la que á su vez va á caer por enamorada, por joven y por bella.

Radian vagamente sus rostros en la penumbra y se lee en sus ojos algo como un temor angustioso.

Una caída más Una alma más que se rompe en el azul y cae al pantano y la Redención? donde

está el Cristo que ha de venir arrojando su manto de misericordia sobre todos los vencimientos?

Cuando menos habrá una infinita disculpa para el debil haber amado mucho.

La sombra solo tiene maldiciones para la que cayó sin amar

RIP RIP.

Hav para el hombre y para la mujer una serie de deberes que llenar, los cuales debéres los impulsan s.empre adelante y los hacen habituarse á la ausencia de sus más caras afecciones. El mundo hubiera acabado pronto, si el primer hijo no hubiese podido sobrevivir á la primera madre.

* *

Los dolores y los males atacan á las almas nobles, sin gastarias; son tales almas semejantes á esas rocas de granito que la mar cubre durante la tempestad con sus olas furiosas, á las que cree ahogar y á las cuales lava, á su pesar, y reaparecen después ante el sol más pulidas y más lúcentes. La adversidad hace brillar á los que no puede abatir.

* *

Quien no tiene corazón cuando es joven, no lo tiene jamás. El corazón no es fruto de invierno, no crece en la nieve.

ALEJANDRO DUMÁS (hijo)

EL BUEN CRIMEN

Una tarde de Junio—una de esas puras y tranquilas tardes en las que parece que la noche no llegará nunca, bajo un cielo azul turquesa por el que pasaban y volvían a pasar ágiles golondrinas—el tío Volcán, el viejo estanquillero de la aldea de Saint Martin. L'Eglise, se encontraba sentado sobre un banco de madera, cerca del umbral de su tienda fumando con delicia su pipa.

Me explico mal al decir que fumaba su pipa. Debería más bien decir que la pipa era fumada por él, porque en la unión, excelente por otra parte, que formaban juntos el tío Volcán, así llamado por todos los habitantes del lugar, á causa de la nube de tabaco en que se encontraba sin cesar envuelto, pertenecía á su pipa, era el humilde servidor de ella. La prodigaba mil amorosos cuidados, la frotaba y hacía relucir, á cada momento, con la manga, limpiaba á menudo el tubo con un alambre, y, cuando no se encontraba en su boca, descansaba cerca de su corazón. en el interior de su chaqueta, cuidadosamente recostada, en su estuche. Acá, para entre nosotros, creo que la consideraba como un ser dotado de razón y de voluntad. Después de rellenarla de tabaco, el tío Volcán antes de encender el cerillo, arrojaba á su pipa una mirada tierna y respetuosa, como si la pidiera permiso para encenderla; y se lo concedía indudablemente con una señal visible para él solo, porque en la expresión de dicha y reconocimiento que se pintaba en el rostro del buen hombre desde la primera bocanada, se podía reconocer que gozaba entonces de un señalado favor y que esta pipa se dejaba fumar porque ella quería.

Hacia ya una decena de años que este fumador sentimental había venido á establecerse á Saint Martin de M'Eglise, en Brie, con objeto de ponerse al frente del estanco de tabaco, cuya propietaria, viuda de un prefecto, residía en París. Con esta pequeña renta y su retiro de sargento, el tío Volcán, que en realidad se llamaba Pedro Masón, vivía enteramente feliz, gozando de frecuentes ocios que consagraba á su querida pipa. Todos los que acudían á su tiendecita para llenar sus cajas de rapé y tomar allí la copa, entraban muy pronto en amistad con esterudo y probosimblante de viejo soldado. A los jóvenes labriegos, ávidos de relatos de guerra, les refería, sin cansarlos, sus campañas.—Solferino, México, las batallas de París—y las hembras lo estimaban porque no consentía nunca borrachos ante su mostrador y era el primero en decir á sus clientes, cuando estos empinaban el codo más de lo regular: «Ea ya basta por esta noche, camaradas..... Vámonos á la cama.»

Así pues, aquella apacible y hermosa tarde de Junio, el tío Volcán fumaba, sentado ante su puerta, cuando distinguió, al extremo de la calle de la aldea, al cura, señor abate Poulrier, que venía, obeso de dentro de su sotana, y con su sombrero de tres picos echado hacia atrás, á comprar, según su costumbre, sus cuatro sueldos de rapé.

Entre el fumador resuelto y el tomador de rapé decidido, había nacido, hacía mucho tiempo, una mútua simpatía, porque los dos eran excelentes sujetos. Y, aquella tarde, el cura, después de haber sorbido una primera toma de su tabaquera nuevamente rellena, se sentó en el banco, al lado del tío Volcán, con objeto de tomar el fresco y charlotear un rato con él.



Pero el estanquillero era taciturno. En vano el abate, que se interesaba por los bienes de la tierra, trató de llevar la conversación hacia las cerezas, que se presentaban aquel año sabrosísimas, y hacia la cosecha de avena que prometía ser magnífica: el veterano no respondía más que por monosílabos. Repentinamente habíase puesto sombrío, como si la presencia del sacerdote hubiese despertado en el fondo de su ser un antiguo pesar.

Acabó por retirar la pipa de su boca, la miró durante un minuto como para pedirle consejo, y habiendo obtenido de ella, probablemente, una tática aprobación, se volvió bruscamente hacia el abate.

Señor cura, dijo con algo de embarazo, usted no me ve en misa, ni en las fiestas religiosas; pero usted no me quiere mal y tiene usted razón, porque sabe que estoy solo en mi casa, y no puedo cerrar la tienda mientras duran los oficios..... En el fondo, soy religioso, y el día en que me encuentre muy enfermo en que sienta que ha llegado el momento de abandonar las filas, esté usted tranquilo. le enviaré á que busque á Dios y todos los correajes..... Antes de la partida se hará usted pasar revista de inspección y me enviará al paraíso, ante San Pedro, de todo uniforme, número uno..... Es cosa convenida..... No he hecho nada inconveniente, usted se le figurará..... Sin embargo hay un acto de mi vida que me preocupa, cuando me viene á la memoria, más que todos los demás..... Oh! sí! me preocupa hasta el punto que he tenido, deseos de ir á ver á usted y referírselo.

Nada más fácil, respondió el sacerdote, muy sorprendido del tono serio con que el tío Volcán había pronunciado estas últimas palabras. Estoy todos los sábados de cinco á seis, en el confesonario.

Pero el estanquillero le interrumpió:

—¡Ah! Esto presenta más complicaciones de lo que parece..... y hay momentos en que me preguntó si esta acción es la mala ó la mejor que he cometido.... Escuche usted, señor cura, ustedes son la tumba de los secretos, por profesión..... Si le contase á usted el hecho, aquí sencillamente, con objeto de saber su opinión, de hombre á hombre, quedaría esto entre los dos ¿no es verdad?.....

—Ciertamente, dijo el cura. Aun fuera del tribunal de la confesión, sé ser discreto. Y si esta confidencia puede servir á usted de alivio.

—Y bien! sí..... Gracias! exclamó el excelente hombre. Me hace usted un positivo servicio.

Luego bajando la voz:

—¡Ah! ¡diablo! la historia es terrible..... Pero es igual, tengo confianza y algo así como una idea de que usted ha de juzgarme con indulgencia..... En dos palabras, he aquí el hecho: he sido cómplice de una estafa y he matado á un hombre..... pero yo creo que, á pesar de todo, he hecho bien..... Escuche usted como fué.

Con involuntario sobresalto, el sacerdote había retrocedido instintivamente hasta el extremo del banco. Pero el tío Volcán no fijó su atención. Vacío su pipa, la relleno con cuidado, encendióla sin apresurarse, se quedó pensativo durante algunos segundos, mirando al cielo glauco por el que no se deslizaban ya las golondrinas y en el que comenzaban á brillar las primeras estrellas, y comenzó tranquilamente su relato:

—Ante todo, es preciso decir que, hacia el año de 1868, antes de la guerra, yo era ya un veterano. Catorce años de servicio. Acababa de volver á engancharme y recibir mi dinero. Era sargento y debía quedarme siempre de sargento, naturalmente. No, no conozco ni la ortografía. Mi carrera militar estaba marcada, pues, de antemano. Un poco más y ganaría mi retiro, como ha pasado, efectivamente. El ejército está lleno de insignificantes como yo. Las más de las veces, viejos tontos, ignorantes, que no saben como se amasa un pedazo de pan; pero, en el fuego, testarudos, eso sí!..... No quiero hablar mal de los regimientos de niños que tenemos hoy. Y sin embargo, habrá que verlos en la tarea.

Entre los veteranos más duros, era yo uno de los menos brutos, porque no me ha gustado nunca empinar el codo. Un día, he aquí que se engancha en mi compañía, la tercera del primero, un voluntario, un joven de buena familia, que no tenía con que pagar su pensión en el Colegio Militar, pero que quería á pesar de todo, ser soldado y obtener sus charreteras, por el camino más largo, desde lo más bajo arriba. El recién venido me simpatizó en seguida. Era un guapo muchacho, rubio, de bigotes rojizos, con una llama de valor en la mirada, atento y excelente muchacho con todo el mundo, pero con yo sé qué de serio en su persona, que hacía decir: «Tú eres un jefe.» Como instructor, yo fui el primero que le puse un fusil entre las manos y le enseñé «por el flanco derecho.» Al cabo de quince días, él hubiera podido enseñarme á mí. Había nacido militar, estaba en su sangre. Me aficioné á Luis Pascual—así se llamaba—y le di algunos buenos consejos, que pudieran dulcificar las durezas de los primeros días. Al cabo de algunos meses, alcanzaba muy pronto sus galones de oro, y nos hicimos un par de amigos. Aunque por su grado no fuese igual, yo sabía que, de todos modos, era mi superior. Pero él tenía la bondad de no hacérmelo sentir, mostrándome deferencia, por el contrario en calidad de veterano, recordando siempre los pequeños servicios sin importancia que yo le había hecho. al llegar al cuerpo. ¡Ah, buen muchacho!..... Es necesario advertir que era huérfano, que no tenía fortuna, que había hecho sus estudios como arrimado en un colegio, y que no recibía por todo, sino veinte francos mensuales de una parienta. ¡No importa! Era el sargento más reluciente de toda la compañía. Ni una pieza de cobre de deudas, y siempre cien sueldos á disposición de un camarada. Una perla, como comprendé vd. ¿Qué mejor podía hacer un viejo imbécil como yo sino entregarme en cuerpo y alma, al encontrar un amigo de estas cualidades? Y más tarde, un día, tiene un duelo y proporciona un lindo pinchazo á otro sargen-

to de la compañía, un destripado de Saint Cyr.... Pregunto el motivo á Luis Pascual, y me responde: «Nada, tonterías.» Pero al día siguiente, me informé que el de Saint Cyr, el pedante, se había burlado de mi modo de pronunciar las *rrr* al dar las voces de mando, en el ejercicio, y que Pascual se había batido por mí..... Y desde entonces, ya comprenderá vd., señor cura, si él hubiese querido, no hubiera tenido más que hacerme una señal para dejarme cortar por él en cuatro pedazos.



Por aquel entonces se declara la guerra, y hénos aquí, de buenas á primeras en Wissemburgo. Allí fué en donde vi á Pascual en medio del fuego. ¡Oh, soberbio! ¡La intrepidez fría, la mejor! Nada más que una arruga en forma de V en medio de ambas cejas. Pero tan fuerte como un veterano y manejando el fusil como en una parada..... En los malos días es cuando se conoce á los hombres. Y en la retirada, no fueron ciertamente los muchachos de nuestro pelotón los que se desbandaron, tirando las armas. Luis se encontraba allí, infatigable, dando el ejemplo..... Un soldado distinguido; lo había yo adivinado.

En Chalons, cuando se trató de rehacer los restos del ejército y volver á la carga, lo nombraron oficial; era justo.... No podría decir á usted el placer que tuve en no tutearlo más, en decirle: mi subteniente!..... Unos días después en Sedán, volvimos á ser derrotados. Eramos del cuerpo de Vinoy, que se replega y entra en París. En Chalpigni me pescó un tiro en una pierna y hubiera sido apesado por los prusianos si mi bravo Pascual, que también sangraba de dos heridas, no me hubiese tomado en sus brazos y llevado á la ambulancia, en medio de las balas..... Ya comprenderá usted porque adoraba á éste hombre.... Así, cuando pudo venir á verme, á Val-de-Grace, después de la capitulación, en los momentos en que comenzaba á caminar apoyado en un palo, y cuando lo ví con sus dos galones y su cruz ¡á fé mia! mandé al diablo la disciplina y me arrojé en sus brazos llorando como un chiquillo.... ¡Subteniente y condecorado! ¡A los veinticinco años! Era seguro que llegaría á Coronel, á General y quién sabe?... La única pena era que ya no podíamos estar juntos. Lo enviaron á Burdeos, con su nuevo grado, en tanto que yo permanecí en el regimiento en donde no me quedaban sino tres años para obtener mi licencia absoluta.

Pero el subteniente Pascual no era hombre que olvidara á sus antiguos camaradas de armas. Cada dos meses recibía yo una carta de él, muy afectuosa, con un pequeño obsequio para tabaco, con palabras de cariño; y yo respondía lo mejor posible, con la certeza de que siempre tendría placer al reconocer mi fea letra.

Pasó tiempo. Yo por fin quedé libre. Y como los escasos centenares de francos de mi retiro son poca cosa, busco acomodo y encuentro, por último, un empleo de celador de construcciones, en la casa de un contratista de demoliciones, hacia la estación de Ibry. Una tarde me oigo llamar por mi nombre. Me vuelvo y veo ante mí á mi subteniente vestido de paisano,

con una cubeta en la cabeza, pero siempre buen mozo, con su sobretodo abotonado y cinta roja.

¡Oh no se mostraba más orgulloso que en otros tiempos. Me dió un abrazo, me preguntó como estaba, si era feliz, y como le dijese:

—¡Diantres! mi subteniente, es la primera vez que lo veo á usted en traje de paisano...

—Y bien, mi buen Pedro, me respondió, ya no me verás de otro modo.

—¿Cómo? ¿qué quiere usted decir?

—Que ya no soy militar, que ha presentado mi dimisión.

Me dió un vuelco la sangre. ¡Un soldado tan soberbio! Abandonar el ejército, renunciar á un ascenso seguro, á una carrera brillante! Era preciso que hubiese motivos poderosos. Pero de todos modos, era una lástima.

Paseando á mi lado me refirió lo que le sucedía. Una mujer!... Debía haberlo adivinado... Dejaba el servicio con motivo de una mujer. En Tolosa, en donde estaba de guarnición, el bueno de mi subteniente se había enamorado perdidamente de la hija de un profesor del instituto, que vivía en la misma casa que él. Pero un oficial no puede casarse en Francia sino presentando la dote de reglamento, y el pobre muchacho, como el futuro suegro, no tenía el primer centavo de los 30,000 francos reclamados. Entonces, en un arranque, presentó su dimisión. Por fortuna encontró una buena colocación en París, en la casa de un banquero, y como resultado de su condecoración. Y con toda franqueza decía él, no se arrepentía puesto que era dichoso como un dios con su mujercita que iba muy pronto á darle un bebé. Y acabó por invitarme á comer con ellos, el domingo próximo en su pequeño nido de enamorados, en un sexto piso de una casa del boulevard de Batignolles.

Acudí á comer el asado, con mi sobretodo, tieso como si se tratase de una revista pasada por su coronel. Y cuando conocí á la señora de Pascual, ¡ah! entonces me expliqué la locura de mi subteniente.

Una cabecita rubia, joven y tan alegre, con tal bondad en sus ojos azules, que hacían perder el sentido. Era hermoso verlo á él al lado de ella. Se veía que la amaba con pasión y ternura, como á una mujer y como á un niño. ¡Oh que deliciosa comida! La señorame trató como á un antiguo amigo, y me alegró el corazón ver que su marido le había hablado de su antiguo camarada. Había un vinillo de Saumur, del que no había que fiarse mucho, y vacié algunos vasos, á la salud del mocoso que se esperaba, por manera que al regresar á Ibry la Gore, estaba un poco alegre y durante el camino hice memoria de viejas canciones. Pero á pesar de mis copas, no dejé de pensar en la linda pareja que formaban mi subteniente con su rubia, y les deseaba de todo corazón, muchas prosperidades.

Y las obtuvieron. Parece ser que Pascual había entrado de lleno en los negocios con tan felices disposiciones que su patrón, al cabo de dos años, lo hacía su socio, y mi subteniente iba todos los días á la Bolsa y ganaba tanto dinero como pesaba. Y la misma fortuna en la casa.

Tres muchachos en tres años! dos varones y una ella. Y hermosos! Verdaderos hijos de enamorados. El primer domingo de mes—era de reglamento—comía yo con ellos en familia. Porque la prosperidad no cambia á los buenos corazones y ni el marido ni la mujer se ruborizaban de un amigo tan humilde como yo. Ah! ya no vivían en un sexto piso, sino en un lindo departamento de primero, en el boulevard Haussman, y un criado con corbata blanca era el encargado de quitarle á usted los platos. Para honrar á mis huéspedes, hacía uso de toda mi circunspección, pero apesar de todo, tenía el aspecto de lo que soy, de un pobre diablo. Y bien, señor cura, siempre fui recibido en la casa de Pascual con un amistoso apretón de manos de mi subteniente, y una hermosa sonrisa de la señora. Los muchachos, por su parte venían á besarme desde que entraba.

¡Deme usted muchos ricos como éstos!

Todo marchó bien hasta el invierno de 1880; y muchas veces, pensando en que Pascual arrastraba carroza, me decía que había tenido una feliz idea, después de todo, al abandonar la milicia y devolver sus galones. Pero el primer Domingo de Diciembre, comiendo en su casa, observé que estaba distraído, preocupado, y que, de tiempo en tiempo, volviendo á una costumbre de otras épocas, cuando experimentaba algún pesar, pasaba el extremo de su lengua por su bigote rubio y después se lo mordía ligeramente.

—¿Qué tendrá, pues? pensaba yo al retirarme. Sus hijos crecen y están sanos. Conserva siempre, al mirar á su mujer, sus ojos de luna de miel.... Con tal de que sus negocios no caminen mal.... Con este diablo de dinero, nunca se está seguro de nada.

Y aquella noche dormí mal.... Las verdaderas amistades son una especie de barómetro.... Todo el día siguiente estuve muy inquieto; tenía como el presentimiento de una desgracia.....

Como á las diez de la noche, poco ántes de acostarme, encendí mi linterna y comencé mi ronda por la cantera, según costumbre diaria. ¿Quién podía venir á verme tan tarde? Voy á abrir, y al reflejo de mi luz reconozco á mi subteniente, envuelto en las pieles de su abrigo ¡Ah! entonces comprendí que se trataba de cosas graves. Estaba pálido, y vi, entre sus dos cejas, aquella V que se le formaba, en otros tiempos, en medio del fuego.

Bruscamente me dijo:

—Mason, te necesito, camarada..... ¿Me puedes acompañar?..... ahora.....

—Ya lo creo..... ¡Presente! le contesté sin vacilar.

—¿Podrás salir de la cantera y estar fuera de ella dos horas sin que nadie te eche de ver?

—Nada más fácil. Por la noche estoy aquí solo.....

¿Quién se ocupa de mí?..... Un barrio desierto, ni un gato en la calle, desde que cierra la noche.

—Entonces, ven—replica mi subteniente, con una voz seca que no prometía nada bueno. Apaga la linterna, cierra la verja, ponte la llave en la bolsa.... y sígueme.

Obedecí, y he nos aquí en camino. Iba tan de prisa

que me costaba trabajo caminar al lado suyo. Seguimos el muelle hasta llegar al puente de Austerlitz. No se habló en el trayecto ni una palabra. Algunas veces le dirigía á hurtadillas una mirada, tímidamente. Su perfil me dio oculto por el cuello del abrigo, se destacaba como crispado; me causaba miedo. No cesaba de morderse el bigote nerviosamente. Buenas ganas tenía de preguntarle á donde íbamos con aquel paso, pero no me atrevía.



Cuando pasábamos ante el Mercado de Vinos, me interrogó entre dientes:

—¿No estas cansado?... ¿Puedes seguirme como vamos hasta la esplanada de los Inválidos? Allí es donde tenemos que hacer.

—Hasta donde Ud. guste mi subteniente.

Ah! nunca olvidaré el paseo... Uno! dos!... Uno!... dos!... A paso gimnástico.... Muelles y muelles, con el reflejo de las luces de gas sobre las aguas negras del río.... otro por allá.... escasas personas que apresuraban el paso.... Y luego, de cuando en cuando, un ómnibus que rodaba pesadamente, con aspecto adormecido.

Le digo á Ud. que cuando vá á suceder alguna cosa horrible á un hombre á quien se quiere tan tiernamente como yo quer'a á Pascual, se adivina, se presiente.... Y mi corazón palpitaba: pum! pum! dentro del pecho.

Por último, llegamos á esta esplanada. Absolutamente desierta. Oí un reloj lejano dar las once menos cuarto. Mi subteniente se metió por una avenida hacia Cros Caillon. Los árboles estaban desnudos, y sin embargo, reinaba una sombra profunda. A punto estuvimos de lastimarnos contra un banco. Se dejó caer en él como agobiado de fatiga, y me ordenó con voz terrorífica:

—¡Siéntate!

Pero cuando ocupé un lugar á su lado, se apoderó de una de mis manos, y sentí las suyas ardientes como un áscua.

—¿Me quieres, no es verdad?—Me dijo entonces.

—Bah! mi subteniente, ¿se pregunta eso acaso?

—Es que voy á exigir de tí una cosa muy grave.

—Y qué importa?

—Y bien, escucha..... Estoy perdido!

Y el tono con que me lanzó estas palabras, ah! señor cura, me hizo estremecer.

—Perdido!... Y sin recurso! Ah! ¿Por qué no me quedé siendo el pobre oficial, que no tenía veinte francos en el bolsillo al final del mes, después de haber pagado mi hospedaje, la cuenta del zapatero, la del sastre y todas las demás?... En fin, lo que está ya hecho.... Figúrate, mi viejo camarada, que Kriemann, mi socio, es un bribón, que ha abusado de mi firma, que me ha comprometido en un montón de sucios enredos y que dentro de uno, de dos meses, se presentará la catástrofe, la quiebra y quedaremos deshonorados.

Era para proporcionar un ataque de apoplejía semejante confianza. En una como ráfaga de recuerdo, traje á mi vista aquel pagador que había metido mano en los fondos, una antigua historia, cuando me encontraba en Nostaganen aquel veterano de bigotes grises, á quien habían degradado ante el regimiento formado en batalla.....

Y volvía á ver al sargento arrancándole las charreteras.

—Yo no soy culpable más que de debilidad..... Estaba ciego, ¿verdad que no lo dudas?—me dijo entonces mi desgraciado amigo. Pero mi nombre está al pié de todos estos papeles; yo soy el responsable.... Vamos á dejar de pagar, y en una suma enorme.... Pero tranquilízate. Tu subteniente no hará una quiebra fraudulenta.... Esta noche, después de que este miserable de Kriemann me presentó la situación tal como es, desesperada, volví á mi casa y cargué mi revolver de ordenanza.

En un sobresalto de dolor y sorpresa, exclamé en grito:

—¿Se quiere Ud. matar?

—¿Preferirías respondió él, verme arrestado, condenado, borrado de la lista de la Legión de Honor?.... No nos dejemos arrastrar por sensiblerías. Sé que hablo á un hombre! No me queda otro recurso que levantarme la tapa de los sesos.

Señor cura, yo quería á mi subteniente como á un hermano; pero el honor ante todo. Puesto que las cosas habían llegado á este punto, no podía hacer sino aprobar su resolución; es decir, callarme.

—Así, pues, el negocio arreglado, prosiguió el pobre muchacho. Si me rehusas lo que voy á pedirte, vuelvo á mi casa.... y fuego! en la sien derecha.... Moriré con la atroz idea de que dejo á mi mujer y á mis hijos en la miseria.... Y bien, este dolor, Masón, viejo amigo mío, tu puedes ahorrármelo.

Creí volverme loco y dije maquinalmente:

—¿Pero como?

Pero mi subteniente tenía ya su proyecto, un terrible proyecto como va Ud. á ver.

—Desde hace algunos años, como tú sabes, murmuró aproximándose á mi, ha pasado por mis manos mucho dinero. No he hecho economías, creía que las buenas épocas durarían siempre, que ya tendría tiempo. Y luego me era tan dulce rodear de bienestar y de lujo á aquellos á quienes se ama! Sin embargo, tomé una buena precaución, adquirí, á favor de mi mujer, un seguro de vida.... Si muero, pero de muerte natural porque los suicidios no se pagan, le entregarán cien mil francos. Ahora, escúchame: aquí tienes un puñal, tómalo..... Voy á darte mi reloj, mi portamonedas.... Me vas á dar una puñalada en el corazón, á matarme de un solo golpe.... Luego me descompondrás el vestido como si lo hubieras registrado, te irás muy pronto de aquí, á la cantera, llevándote el puñal.... Nadie sospechará nada.... Mañana se encontrará aquí el cadáver de un hombre asesinado, la compañía pagará la prima y mi familia tendrá pan.... Ya sé que robo á la compañía....

Pero la Compañía es rica, y después, este es asunto de mi conciencia y yo me explicaré con el buen Dios, si es que hay uno..... En cuanto á tí, lo que te pido es sencillamente que prestes este último servicio á tu amigo, á tu viejo compañero de armas..... Vamos, Masón mi buen Masón ¿has comprendido?

Ah! sí; había comprendido; pero estaba helado hasta la médula de los huesos. ¡Matarlo! A mi subteniente? A mi único amigo? No, no..... Nunca tendría este valor..... Pero él me cogió las manos, me suplicó, llorando sobre mi hombro, con caricias de niño!..... El desdichado, que esperaba que yo acabase por ceder, había dicho á su esposa, después de la cena, que tenía una fuerte jaqueca y que iba á dar un largo paseo..... ¿Qué cosa más verosímil que un ataque nocturno, que el asesinato de un transeunte solitario?... ¡Oh! Aun cuando viviera mil años me acordaría siempre de la hora espantosa que pasé allí, en la noche, sobre aquel banco desierto, escuchando á mi pobre Pascual sollozar y pedir la muerte.

Por último, á fuerza de rogarme, á fuerza de enternecerme por esta familia tanto peor si le causo á usted horror, señor cura—me convencí á hacer lo que él quería..... ¡Y le obedecí! Sí, en un supremo adiós, le estreché contra mi corazón, como en la sala de armas, antes del asalto, y lo herí en pleno pecho, huyendo después como si mis vestidos fueran presa de las llamas..... En un ángulo del puente de la Concordia, arrojé al Sena el puñal sangriento, con el reloj y el portamonedas, regresé á Ibry y lloré toda la noche en mi catre.... Y todo sucedió como él había previsto. Se creyó que un malhechor lo había asesinado por despojarlo; la Compañía de seguros entregó los cien mil francos á la viuda y ella ha tenido con qué vivir y educar á sus hijos.

Únicamente que la presencia de esta familia es para mí un suplicio.... ¡No! ¡ver á la que yo había hecho viuda y que nada podía consolar! ¡Ver á estos huérfanos que me saltaban al cuello, cada vez que llegaba á aquella casa, y á quienes tenía que acariciar con la misma mano con que maté á su padre! No, yo no podía más!..... Entonces fué cuando me propuse poner la gerencia de este establecimiento y acepté, para alejarme de ellos, para dejar á París. Les escribo de tiempo en tiempo y sé que no son demasiado desgraciados. Al menos mi crimen no ha sido inútil.

¡No importa! Pienso en él á menudo, por la noche, cuando no llega el sueño, y entonces se apodera de mí honda tristeza y más de una vez he tenido el deseo de referirle á usted lo sucedido, señor cura, allá, en su garita. Pero en otras ocasiones, reflexionándolo despacio, me he dicho que no podía rehusar este servicio á mi subteniente, que he procedido como un verdadero amigo, y me siento completamente tranquilo..... Y ahora, dígame usted señor, con entera franqueza, lo que piensa.

El abate Poulier, que había escuchado el relato del tío Volcán con una emoción profunda, permaneció pensativo durante algunos minutos, abrió su tabaquera, metió en ella el pulgar y él índice, como para extraer de allí la respuesta, y por último, decidiéndose á hablar, apuró una copiosa cantidad de rapé y dijo al viejo soldado:

—Querido amigo, si estuviéramos en el tribunal de la penitencia, mi deber sería recordar á usted, ante todo, el santo mandamiento: No matarás, y no podría sino exhortarle á que se arrepintiese de su mala ca-

ción... Pero aquí, me contento con tenderle á usted la mano y decirle: es usted un hombre de bien.

El cura se alejó, después de estas consoladoras palabras, que seguramente proporcionaron un gran placer al tío Volcán, á quien, sin embargo, quedaba un escrúpulo. Ya sólo, en la claridad de una noche llena de estrellas, se dirigió para calmar esta última duda, á su pipa apagada, que se encontraba en sus manos; á esta pipa que formaba parte de su conciencia: la miró por largo espacio y encontrarla sin duda un aspecto de inocencia, porque, repentinamente tranquilizado, le pidió y obtuvo de ella el permiso de fumar la una última vez, antes de meterse en la cama.

FRANCISCO COPPEE.

Cuentos azules.

LA ETERNA HISTORIA.

La princesita Fanny se moría. Su semblante lindísimo iba tomando un matiz pálido, como si la sangre se encontrara en un sólo núcleo, en sus labios bermejos, donde ya la sonrisa aparecía casi muerta para siempre. En sus grandes ojos azules, como dos florecillas de *myosotis* se veían continuamente vagar las ondas de las lágrimas, y la cauda espléndida y brillante de su cabellera de oro, en completo desorden, revelaba la postración y el malestar de su adorable dueña.

El padre de la niña, el anciano rey Hugo, sentía que el espíritu se le dividía en mil pedazos, al contemplar la agonía de aquel sol de quince años, que era corazón y alma de su propia vida. Gemía y sollozaba á solas el desdichado viejo, cubriendo su cabeza de cenizas en señal de dolor infinito; y desesperado por encontrar remedio que alentase el frágil cuerpecito de su hija, abría sin medida los tesoros inmensos de su palacio de mármol, á todos los médicos del orbe y á todos los mágicos y encantadores de la tierra.

La ciencia huía avergonzada ante el problema; pues el mal de Fanny era tan extraño y de síntomas tan graves y desconocidos, que ningún libro lo consignaba en sus páginas, ni caso alguno práctico se había presentado semejante en muchos siglos.

Loco y desesperado el rey mesaba sus blanquitas barbas, las humedecía de amarguísimo llanto, y arrodillándose, en medio de paroxismos violentos, pedía al cielo no le quitase á su amor único, á la hija de su amor, á su ángel adorado. Otras veces se dirigía al cuarto de la doncella, acompañado de todos los comerciantes de su reino, quienes desplegaban ante los ojos de la princesa las más variadas telas de seda recamadas de oro, piedras finísimas, ricas joyas, y las más primorosas y acabadas obras de las bellas artes; pero todo era en vano: los ojos de la enferma apenas se posaban con indiferencia sobre aquellas montañas de ricas telas, luminosas joyas y asombrosos productos del ingenio humano: la artística y pálida cabeza, volvía á inclinarse sobre del pecho, como una dorada espiga de trigo herida por el viento.

Inconsolable el rey y no se daba en modo alguno por vencido, y mandaba alfombrar el camarín azul de la adorable enferma con nardos y con rosas, con azahares blanquitos y oscuros heliotropos; todos ellos recién cortados del jardín de palacio, y temblando aun en sus corolas los líquidos diamantes de la noche. Un coro de pintados pajarillos, aprisionados en sus jaulas de oro alegraban la estancia, y el cielo azul y los rayos del sol jugando en los cristales de las ventanas, en reflejos chispeantes, le daban un aspecto férreo y delicioso á las cuatro paredes de aquel recinto mágico, sin lograr infundir calor, vida ni dicha al corazón de la princesa enferma.

Hacia tiempo que ningún médico cruzaba los extensos salones del alcázar. La escalera de mármol y de bronce no había visto hollados sus cincelados escalones por mágico, encantador ó genio alguno, en el intervalo de incontables meses, cuando un día los heraldos anunciaron á las puertas á un nuevo visitante, imberbe joven de ojos y cabello negro, que venía de lejanos países á volver la salud y la vida á la princesa.

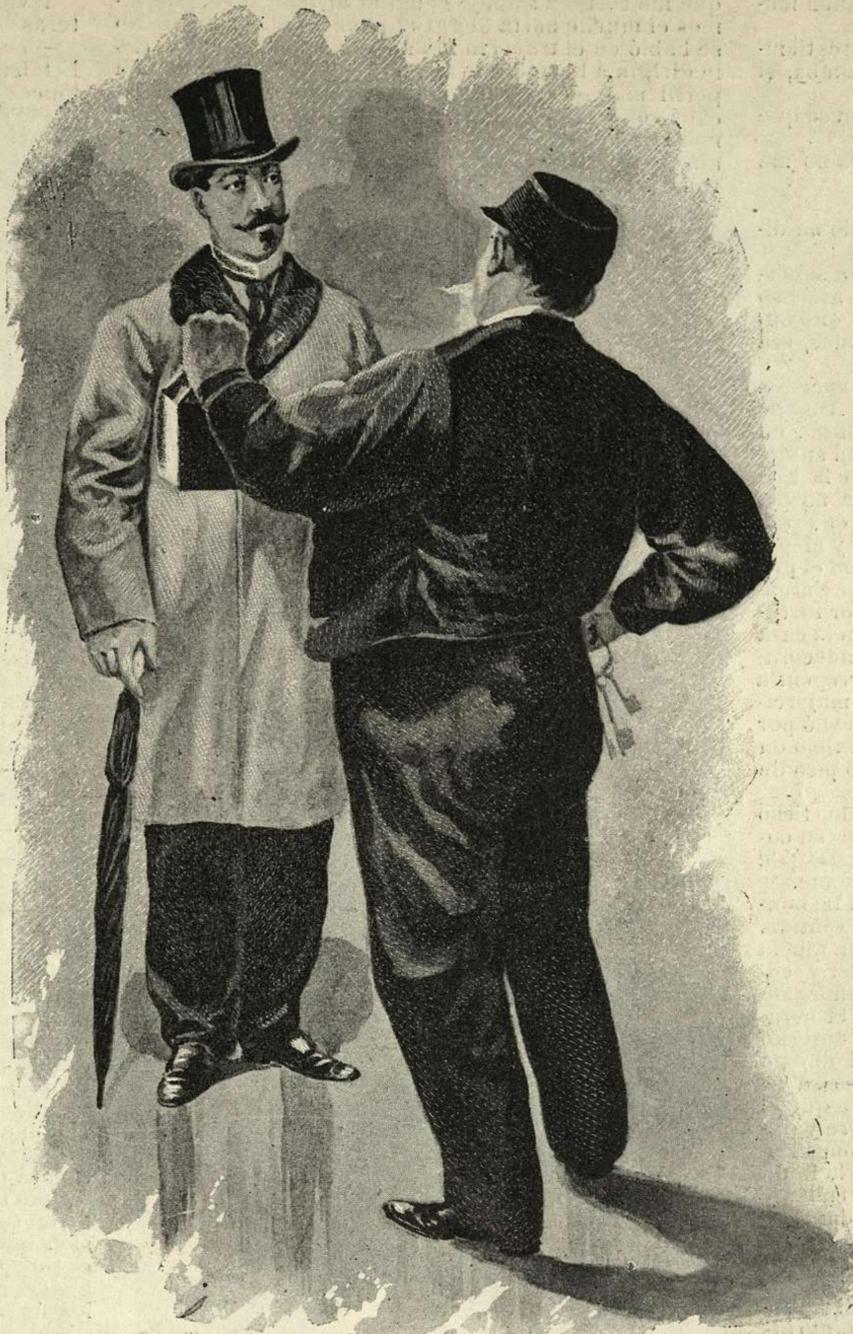
En la oscura mirada del recién venido relampagueaba un rayo divino, y en su espaciosa frente parecían anidarse todos los besos de la naturaleza y de la madre tierra.

Tenía veinte años, y en su pálido rostro no se reflejaba el aturdimiento natural de su edad, sino una gravedad y reflexión compatibles con el proyecto que intentaba.

Su ropaje era pobre, y por toda riqueza cargaba á sus espaldas un laud de marfil de plateadas y armoniosas cuerdas.

No inspiró al rey Hugo mucha confianza aquel bagaje; pero como no desperdiciaba la ocasión de procurar la salud de la princesa, hizo que condujeran al extranjero al camarín azul de puertas de oro, donde los pajes y las doncellas del servicio de Fanny, descubrieron ante él las pesadas cortinas.

Sentada estaba la princesa en su sitial de madera de rosa y de brocado, cuando apareció ante ella el moreno mancebo: una sola ojeada bastó á éste para comprender cuál era el mal de la rubia hermosa que tenía delante: aquel delicado cuerpo parecía de tedio, de aislamiento, víctima de la nostalgia de una alma



apasionada que sueña con un mundo color de rosa, en donde todo es fuego, todo lágrimas y todo sentimiento. Sin hablarla, sin avanzar, sin procurar siquiera que los azules ojos se levantasen para verlo, descolgó el poeta su laud y pasó ágilmente sus dedos por las cuerdas. Un gemido armonioso brotó como una evocación, y en seguida se desparamó por todos los ámbitos de la pieza una vertiginosa ronda de dulcísimas notas, puras y claras como el cristal mientras una voz aterciopelada, suave, tierna y varonil, se acompañó con el instrumento, para verter un raudal de pasión, quejas, suspiros y dolores ocultos de una alma que quería y no podía alcanzar el cielo de sus aspiraciones..... "Amor!..... Amor!..... Amor!....." repetían las estrofas, primero tímidamente, suavemente, como con miedo intenso, hasta llegar á una explosión ruidosa, candente, poderosísima, que agonizaba poco á poco en medio de los sollozos arrancados á las frases y á las cuerdas, al formular la queja de un ideal imposible.

Desde los principios de esta escena, la princesa se fué animando: dos manchas sonrosadas aparecieron en sus pálidas mejillas, mientras sus ojos color de turquesa resplandecían de asombro é iluminada por vivo fuego interno: "Amor!....." repetía..... "Amor!....." Y la mágica palabra, revoloteando en su alma immaculada, era una revelación que la hacía volver á la vida, que la hacía amarla, sintiendo que su sér entero renacía á una nueva existencia. Fijó los ojos en el encantador que la salvaba de la muerte, y vió el moreno semblante de éste enteramente transfigurado: aquella noble figura tenía la vista fija en el espacio infinito y radiante, mientras una luz indecisa cubría como una aureola su crecida y negra cabellera, que era el marco de la frente espaciosa y altiva, digno santuario del genio prodigioso del poeta y del músico.

¿Qué fué lo que sintió la princesa al ver á ese hombre entregado al éxtasis, y modulando esas palabras misteriosas y dulces que conmovían su sér y lo rejuvenecían? Nadie lo sabe; pero el hecho fué que maquinalmente abrió ella los brazos, como si tratase de estrechar contra su pecho al autor de la transformación maravillosa que surgía de su alma, aun cuando el valor le faltó para consumir su impulso.

Cuando la voz enmudeció y los últimos arpeggios del laud se desvanecieron, la princesa ruborosa y anhelante desfalleció del todo. Instantes después se repuso, para ya no volver á caer en su abatimiento, ni en su hastío, en la debilidad del cuerpo, ni en las tristezas tan amargas del espíritu. ¡Un rayo del amor la había salvado!.....

Es inútil decir, que dos semanas más tarde, el trovador llamaba esposa á la cándida y rubia doncella á quien salvó la vida.

Poca le pareció al rey la recompensa, sin acompañarla de su trono.

El camarín azul se tornó rosa, y un enjambre de locos amorcillos batía dentro de él sus alitas blancas,

enmedio de discretos cuchicheos y ahogadas risas. Mientras, las nupcias se consumaban envueltas blandamente en un coro de besos y suspiros.

JUAN RUIZ DE HERNÁNDEZ Y ESPARZA.

RECUERDOS

He ido á los Mercados en estas últimas madrugadas. París tiene pocos atractivos tan de mañana. Aún no ha comenzado su tocado. Se parece á un vasto comedor, á un templado, á un pringoso desde la cena de la víspera; los huesos ruedan por el suelo; los desperdicios están amontonados sobre el mantel. La familia se fué á la cama sin hacer levantar la mesa; y sólo al día siguiente la criada da cuatro escobazos y pone ropa limpia para el desayuno.

En los Mercados la batahola es enorme. Es la despensa colosal donde se encierra el alimento de todo París. Cuando éste abra los ojos, tendrá ya el vientre lleno. A la claridad indecisa de la mañana, entre el murmullo de la multitud, se ven colgar cuartos rojos de carne, cestos de peces, cuyas escamas brillan al sol con resplandores argentinos; montañas de legumbres, que salpican la sombra de manchas blancas y verdes. Es un desplome de comestibles, de carretas vaciadas sobre el pavimento, de cajas volcadas, de sacos abiertos que dejan caer su contenido; una marea creciente de huevos, de frutas, de aves, que amenaza invadir las calles inmediatas é inundar á París entero.

Avanzaba curiosamente por en medio de esta confusión, cuando vi á unas mujeres que hundían sus manos en anchos montones de color negruzco extendidos en el suelo. Bailaba el fulgor de los faroles, y creí al principio que se trataba de desperdicios de carne que se vendían con rebajo.

Me aproximé; me había equivocado. Aquellos montones eran manojos de rosas.

Toda la primavera de las calles de París se arrastra sobre ese suelo fangoso entre los comestibles de los Mercados. Los días solemnes, la venta comienza á las dos de la mañana. Los jardineros de las afueras traen sus flores en grandes ramos, que tienen un precio corriente según la estación, como los nabos y las hortalizas. Esta venta se efectúa por la noche. Los revendedores, los mercaderes al

por menor, meten los brazos hasta los codos en las carretadas de rosas: tienen el aire de ejecutar una mala acción: parece que mojan sus manos en algún baño sangriento.

Me detuve ante estas pobres flores moribundas. Estaban húmedas aún, atadas brutalmente con cuerdas, que cortaban sus tallos delicados. Conservaban todavía el olor fuerte de las coles en cuya compañía habían venido. Y había algunos ramos rodando por el suelo, que agonizaban.

Cogí uno de estos ramos; se hallaba lleno de fango por un lado; se le lavaré en un cubo de agua, y recobraré su aroma delicado. Algunas manchas de lodo que acaso queden en el fondo de los pétalos, demostrarán únicamente su visita al arroyo. Los labios que le besen por la tarde serán quizá menos puros que él.

Entonces, en medio del abominable estruendo de los Mercados, recordé el paseo que di contigo, Ninon, hará como diez años. Nació la primavera; las tiernas hojas brillaban al claro sol de Abril. El pequeño sendero que seguía la costa estaba limitado por extensos campos de violetas. Al pasar, se sentía subir grato aroma, que penetraba y enlanguidecía el alma.

Te apoyaste en mi brazo; estabas rendida; te adornaba el amor bajo la influencia del oloroso ambiente. El campo estaba luminoso y los mosquitos volaban en los rayos del sol. El silencio era inmenso. Nuestro beso fué tan discreto, que no asustó á los pinzones que nos espían desde los cerezos en flor.

Al revolver un recodo del camino vimos en una pradera á algunas viejas encorvadas que cogían violetas y las echaban en grandes cestos. Llamé á una de ellas.

—¿Quiere Ud. violetas? (me preguntó.) ¿Cuántas? ¿Una libra?

Vendía sus flores por libras; huimos desolados; creímos ver á la Primavera abriendo en la poética campiña una tienda de comestibles. Me deslicé por encima del vallado y robé algunas violetas macilentas, que tuvieron para tí nuevo atractivo. Pero he aquí que en el bosque, en lo más escondido, sobre una eminencia, crecían violetas, violetas muy pequeñas, muertas de miedo, que trataban de ocultarse bajo las hojas con mil astucias.

Tiraste en el acto las violetas robadas, aquellas tontas de violetas que crecían en campos labrados y se vendían por libras. Querías flores libres, hijas del rocío y del sol levante. Durante dos horas estuve buscando en la hierba. En cuanto encontraba una flor corría á vendértela. Tú me la comprabas con un beso.

Y pensaba yo en esas cosas lejanas, entre los olores crasos, ante el ruido ensordecedor de los Mercados, mirando las pobres flores muertas en el empedrado. Me acordaba de mi amante y de aquel ramo de violetas secas que tengo en casa, en el fondo de un cajón. Conté, al volver, estas pobres flores ajadas. Había veinte, y sentí sobre mis labios la dulce quemadura de veinte besos.

EMILIO ZOLA.

PAGINAS DE LA MODA.



Traje de paseo con jacquet de blondas.

BREVIARIO DE LA MUJER ELEGANTE

No nos detendremos en demostrar lo que toda mujer sabe tan bien como nosotros: que todas las líneas verticales alargan, en tanto que las líneas horizontales ensanchan y por consecuencia disminuyen en apariencia la esbeltez.

Al decir línea, no queremos solamente hablar de los rayados sino de todas las disposiciones y de todos los adornos.

Así el chaleco alarga porque corta al corpiño en tres líneas verticales. Los rayados de traves ó las guarniciones, tales como los *brandebourgs*, pieles, berthas y largas vueltas muscadens, convienen á las mujeres delgadas y altas. La amplitud de la toilette da á los cuerpos aventajados elegancia y magnificencia á condición sin embargo de que no se le exagere. Esto es el A. B. C. de la costurera que tiene aunque sea en pocas dosis el sentimiento de las proporciones.

Mas fuera de estas observaciones por decirlo así fundamentales, hay que estudiar la gracia de la línea. Una mujer deseosa de vestirse bien, hará desde luego un pequeño curso de estética, examinará con una seria atención los más puros *chefs d'oeuvre* de la estatuaria y del dibujo; después, estudiándose á sí misma, verá por donde peca y en su toilette, tratará de aproximar su línea á la de los grandes modelos, según que su belleza sea graciosa ó imponente; porque, he aquí otro gran principio fundamental: en el arte de vestirse, de adornarse, importa ante todo que la toilette de una mujer esté en armonía con el género de su belleza. Una mujer de perfil soberbio y majestuoso, no se peinará, no se vestirá como cualquier otra de aspecto gracioso y espiritual, provocador, so pena de producir una discordancia, una disonancia que heriría el gusto.

Voy á deciros pues una verdad, que acaso va á pareceros una enormidad y es que la primera cosa que debe hacerse si queréis vestiros según las leyes del buen sentido, del buen gusto, de la verdadera elegancia, es estudiar en un juego de espejos, la forma de vuestro perfil ó más bien de vuestra nariz; que es la nariz la que determina por decirlo así el tipo del perfil.

Si vuestra nariz ofrece una hermosa línea pura y noble, si continúa la línea de la frente en una inflexión ligera, si recuerda en una palabra á las estatuas antiguas, necesitaréis una toilette en armonía con ese perfil, es decir, de un estilo simple, noble, severo.

Pero vuestra nariz, aunque regular y recta, describe al contrario una curva insensible para levantarse de nuevo, á las dos terceras partes de su longitud en un pequeño respingo al cual se enlazan narices móviles, vibrantes: es preciso en este caso aplicarlos á las toilettes de género que encantan por el contraste, de lo picante, más que por la simetría y cuyas líneas en lugar de continuarse en una severa simplicidad se rompen, se contrarian, sin herir sin embargo la armonía.

En fin, si vuestra nariz afecta una forma aún más irregular y remangada, como la nariz Roxelana, que imprime á la fisonomía un aire vivaracho, deliberado, provocante, vuestra toilette podrá llevar aún más fantasía y capricho.

Hay aún otros tipos y son numerosos: tienen perfiles rebuscados, extraños, inquietantes, que no son ni clásicos ni desvergonzados, pero que tienen carácter y un gran aspecto. A estos les es necesaria la elegancia pomposa más bien que las improvisaciones de la moda. Los recuerdos históricos inspirarán su toilette como su peinado, que deberán la una y el otro tener carácter.

Así pues, imponente ó graciosa, la línea general de la toilette debe armonizarse con la línea del perfil, corregir la forma del cuerpo, si es defectuosa, y aproximarse tanto cuanto sea posible á los grandes modelos.

¿Hay algo más adorable que esa línea magnífica que parte de la cintura para ir afilándose hasta la punta de los pies? Pero es raro que en la naturaleza esta línea se realice. Se trata pues de modificarla por medio de un corte de faldas, sabio, artístico, si es que puedo explicarme así. Sin embargo, cuando la falda ablanda esa forma elíptica de la cadera uno de los mayores atractivos de la mujer, soy de opinión, si esta línea no es absolutamente perfecta, ó si el vientre es un poco prominente, romperla por un drapeado un poco vago, ó una blanda y elegante drapería con tal, sin embargo, de que no caigais en las complicaciones pretenciosas que han sido largo tiempo de moda y que ahora nos parecen horribles.

Sin embargo, más aún que la línea, el color

nos da los medios de alcanzar la alta elegancia si se sabe aplicar los contrastes y las armonías.



Jacquet de mañana.

Páginas para las Damas.

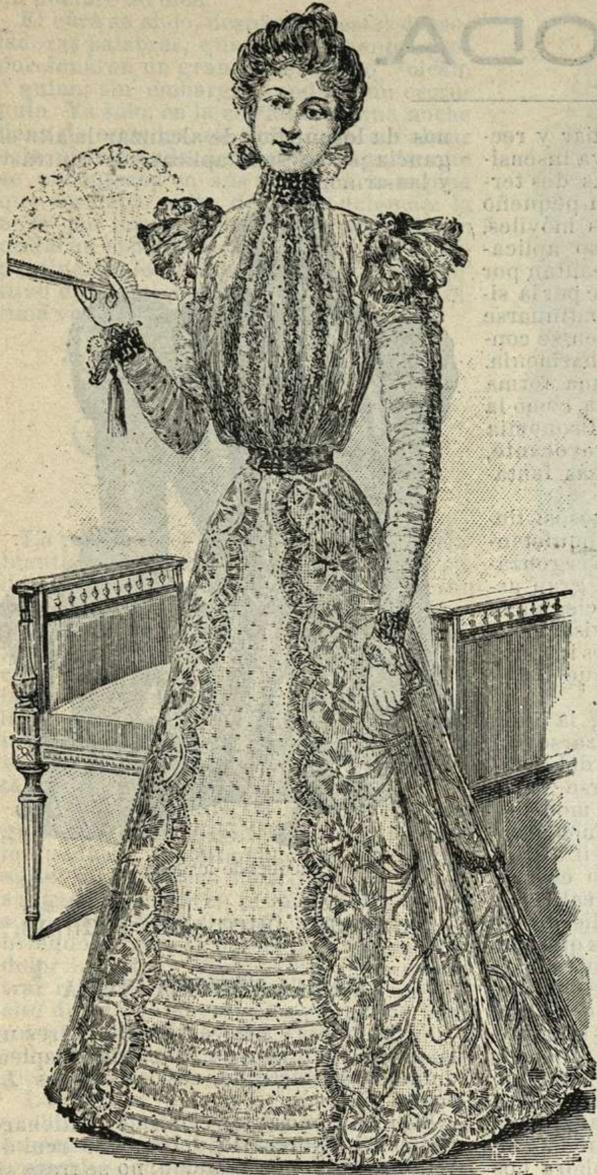
LA REINA VICTORIA INTIMA

Se ha puesto á la venta en Londres un magnífico volumen de 200 páginas espléndidamente ilustrado, cuyo título es *La Reina Victoria*.

Figura como autor el mismo M. Richard Holmes, bibliotecario del castillo real de Windsor; pero, en realidad, no se trata sino de una autobiografía, puesto que la soberana inglesa ha dictado la obra en-



Traje de recepción para matrona



Traje parisiense para comida

tera, desde el primero hasta el último capítulo. Trátase, pues, de un libro interesante en alto grado y que para los historiadores futuros constituirá un precioso documento de la autenticidad más completa. Gran parte de la obra tiene por objeto destruir ciertas leyendas existentes acerca de la infancia y juventud de la Reina Victoria.



Traje parisiense de recepción

Entre los detalles inéditos que aparecen en las páginas referidas, citaremos los más interesantes.

Parece que, durante la juventud, S. M. la Reina Victoria poseía exactamente el perfil de Carlos Eduardo Stuarto, y los rasgos fisionómicos particulares de esa familia, heredados de la Princesa Ana, hija de Francisco II de Dinamarca y de Sofía de Mecklenburgo, esposa de Jacobo I de Inglaterra.

La leyenda del soldado Moloney, á quien se atribuía haber evitado que la Princesa Victoria fuera aplastada por un carruaje en el Parque de Kensington es una de las primeras que desmiente Mr. Holmes. La reina no conserva recuerdo alguno de ese accidente. Es, por tanto, falso que Moloney, con peligro de su vida, salvara la de la Princesa, y que recibiera como recompensa de su acción una guinea, último detalle que debiera haber bastado para demostrar lo absurdo de la historia.

También corría por Inglaterra otro falso supuesto, según el cual, la Princesa Victoria, contemplando á la edad de once años un árbol, genealógico, exclamó, viéndose próxima al tromo.

—Cuando sea Reina seré muy buena.

Demuestra Mr. Holmes que las anteriores palabras no pudieron ser pronunciadas, porque la Princesa fué teniendo gradualmente conocimiento de su probable sucesión á la Corona, perspectiva que la hacía muy desgraciada, por el temor á las graves responsabilidades que había de asumir.

—Por lo demás, dice el autor del libro,—si la reina no prometió “ser buena,” lo ha sido desde los primeros instantes de su reinado.

Al tener noticia la Princesa de la muerte de su tío el Rey, escribió á la viuda del Monarca una sentida carta con esta dirección:

“A. S. M. la Reina.”

Habiéndole indicado á alguien que debía escribirse “A. S. M. la Reina viuda,” la Princesa se negó á hacer ninguna alteración añadiendo:

—Ya sé lo que debe escribirse; pero no quiero ser la primera que recuerde á la Reina mi nueva condición.

Un día que se hallaba de visita en Windsor, díjola el Rey al conducirla al salón de baile.

—Dime, Victoria, ¿qué quieres que toque la orquesta?

—Lo que más me gusta.—dijo sonriendo la Princesa.—el *God save the king*.

Cuando contrajo matrimonio con el Príncipe tuvo grandes dificultades para llegar á la determinación de la lista civil que á aquel correspondía.

La resistencia del Parlamento á conceder las 50,000 libras solicitadas por la Reina causó á ésta extraordinaria mortificación, siendo tal contrariedad la única nube que oscureció un momento la felicidad del regio matrimonio.

Descripción de nuestros grabados

TRAJE DE PASEO CON JACKET Y APLICACIONES DE BORDADO

Este traje es de paño de damas gris obscuro.

Cuerpo blusa cuya originalidad consiste en la forma de la solapa, triangular y con espaldetas planas con doble ribete de cinta de satén negra. A ambos lados del frente de la blusa alhamares de trencilla en forma de guías ó alfanges, prendidos de sesgo formando órdenes de adornos muy elegantes. Basquiña angular ribeteada por doble cinta de satén y ajustada sin pliegues por el cinturón.

Falda lisa con delantal simulado, que limitan tres órdenes de cintas dobladas graciosamente en la parte superior de la falda y circundando hacia atrás toda la medianía de esta. La blusa se abre ligeramente en el centro dejando ver un apliqué de blonda crema de Bruselas, que adorna también el cuello, estilo Médicis.

JACKET DE MAÑANA.

Es de grueso satén azul obscuro, de una admirable sencillez. Toda la parte que constituye el peto, ligeramente plegada—A ambos lados gruesa aplicación de felpa que limita un apliqué decreciente de blonda negra en forma de guía el cual se detiene en el talle, descendiendo hasta la parte inferior de la blusa únicamente la trencilla de felpa—Mangas lisas ligeramente abultadas en los hombros. Cuello redondo con orla de trencilla y una guía de blonda.

Grueso cordón de seda como ceñidor, cayendo sobre el frente en gracioso lazo.

TRAJE DE RECEPCIÓN PARA MATRONA.

He aquí uno de los modelos más brillantes que se hayan visto en esta estación.

Gran falda de satén crema floreada con hermosas guías de seda, completamente plana; cauda de amplio vuelo y bordado en toda la parte inferior de encaje blanco en forma de volante.

Cuerpo ajustado de terciopelo negro con amplio golpe de blonda que rodea al cuello, se detiene en hermoso lazo en el mismo y descende cubriendo el intervalo que separa las dos alas del cuerpo. Este está cortado en su extremidad con varios cortes ó gajos triangulares en forma de pétalos, que se reproducen en las espaldetas. Mangas del mismo género de la falda, lisas, ligeramente abultadas bajo la espaldeta y guarnecidas de encajes. La falda es de vuelo completo.

TRAJE PARISIENSE PARA COMIDA.

Los trajes de comida, de alto cuello, están viéndose frecuentemente este invierno, más frecuentemente que en otros años y aunque no son de una moda estricta para las grandes comidas, se consideran aceptables para las de menos solemnidad. Uno de los figurines favoritos está hecho de tul blanco y de



Traje parisiense de bañe

encaje negro, y otro figurin, más encantador aun se hace de satén blanco acordonado completamente cubierto con tul y encaje blanco de Chantilly. El cuerpo tiene forma de blusa y va adornado en el frente con cuatro ramos de tul negro que van del cuello al cinturón en toda la extensión de la blusa. Las mangas plegadas en toda su longitud, con vuelos de encaje



Traje de paño para calle.



Toqueta Lucy y toca Ludwig.

je negro. El collar, vueltas de mangas y cinturón estan todos hechos de pasamaneria negra del más hermoso corte. La falda es casi plana no muy llena ni muy brillante. Tiene un delantal simulado de tul blanco bordado al pié con alforzas y tiras como de felpa. La espalda y los lados son de encaje de Chantilly sobre tul.

TRAJE PARISIENSE DE BAILE.

Un ingenioso traje de baile que verán nuestras lectoras en otra plana y que excede en elegancia á todos los vistos en esta estación, está hecho de punto de esprit, del más hermoso azul claro. La falda está adornada con tres volantes, el más bajo de los cuales borda la base en toda su circunferencia. Los otros dos se levantan graciosamente formando ángulos, á ambos lados, descendiendo hacia el frente y hacia la espalda en amplias curvas. Están bordados con dos orlas de cinta de satín azul. Es una original falda esta, que produce el efecto más favorecedor para una dama. El cuerpo está en forma de blusa cortado por un amplio y bajo escote y adornado sobre los hombros con una apéndice bordado por tres líneas de cinta negra, así como la blusa.

El cinturón es de satín azul.

TRAJE PARISIENSE DE RECEPCION.

Un llamativo traje claro—lo es en efecto—se hace de paño del color más bajo que pueda encontrarse. La falda está adornada á ambos lados del frente por piezas de encaje de guipure en el talle y en los pies, en tanto que entre ambos puntos hay un bor-



Sombrero Yahne

gado romboide formado por cintitas de un matiz claro obscuro. El cuerpo es de blusa con dos bandas centrales de encajedetenidas bajo el cinturón de satín y lige-

ramente abiertas para mostrar una blusa de encaje.

Los frentes están hechos con una fina pieza de encaje de guipure conectado con un cuello y espaldetas también de guipure. En la espalda y en los frentes del cuerpo hay bandas de cinta de satín arregladas en rombos como los de la falda. El collar es de terciopelo turquesa drapeado con encaje.

SOMBREROS.

1 (a)—Toqueta Lucy, en satín antiguo negro y en terciopelo verde



Toqueta Calvé.

mas negras ligadas bajo un enorme postizo capuchino.

6.—Toqueta Bartet para ceremonia, un drap de terciopelo muy en foga.



Sombrero Wynns

pistacho. La passe está drapeada de satín y remontada muy alto á la derecha, bajo un nudo de terciopelo negro atravesado por una gran hebilla en plata vieja, reteniendo dos alas negras. El fondo está drapeado de terciopelo con tres correderas en medio: toda la amplitud, llevada á la derecha proporciona dos orejas rectas que ascienden al nivel del volante.

(b)—Toca Ludwig. Gruesa toca de terciopelo negro, formando un gran birrete ó gorra vizcaina drapeada, muy levantado á la izquierda, bajo un enorme pájaro de fantasía acompañado de cuchillos de aguija. Detrás del pájaro, sobre el perfil, hay una beiza de terciopelo negro.

3.—Sombrero Yahne, de fieltro blando bordeado de melucina, muy lindamente chifoneada, hacia adelante, llevando el peinado completamente sobre la frente. Perfil muy drapeado, ratrapeado por una larga barreta strass con puntas de orejas, cayendo hasta sobre el moño ó postizo. Hacia adelante un soberbio pájaro.

4.—Sombrero Wynns, de fieltro marrón claro, bordado de terciopelo tórtola. Alrededor del casquete una corona de postizos de terciopelo y seda plissée alternados del mismo matiz, teniendo de lado, dos alas de Mercurio, mordoreadas.



Toqueta Bartet

Los hombres contentos de su celebridad soa ingenuos; los hombres orgullosos de ella, son necios.

Alejandra Dumas (hijo.)

Un Remedio Externo é Interno.
PAIN-KILLER
 (MATA-DOLOR.)
 es un Remedio Seguro para las CA-
 LENTURAS, FIE-
 BRAS, COLICOS, DI-
 SENTERIAS, CALAMBRES, COLE-
 RA y todas las enfermedades de los intestinos.
 PAIN-KILLER es sin duda el MEJOR LI-
 NIMENTO FABRICADO Dará pronto y per-
 manente alivio en todas clases de CONTU-
 SIONES, CORTADURAS, QUEMADURAS etc
 De venta en todas las Droguerías y Botica-

LA VERDADERA
EAU DE QUININE
 (AGUA DE QUININA)
 ANTIGUA REPUTACION
 consagrada por un Exito Universal Siempre creciente
EL MEJOR TONICO
 para el cuidado del cabello
 Desconfiese de las numerosas falsificaciones é imitaciones
ED. PINAUD
 37, 8^a de
 Strasbourg
 PARIS



El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

Para Resfriados, Tosas, Bronquitis, Mal de Garganta, Romadizo y Tisis Incipiente no hay remedio que se aproxime al Pectoral de Cereza del Dr. Ayer. Calma la inflamación de la garganta, destruye las mucosidades irritantes, suaviza la tos y predispone al descanso. Como medicina casera para casos fortuitos y para el alivio y curación del garrotillo, tos ferina, mal de garganta y todos los desarreglos pulmonales á que están expuestos los jóvenes, es de un valor terapéutico inapreciable.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

PREPARADO POR
Dr. J. C. Ayer y Ca.
 LOWELL, MASS., U. S. A.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.
 Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. El nombre de —Ayer's Cherry Pectoral— aparece en la envoltura y de realce en el cristal de cada frasco.

POUDRE DE RIZ
 SPÉCIALE
 préparée au Bismuth
VELOUTINE
CHARLES FAY
 9, RUE DE LA PAIX, PARIS
 PARFUMEUR
 9, Rue de la Paix, 9
 PARIS



FACSIMILE de la caja conteniendo el verdadero polvo "VELOUTINE" inventado por CH. FAY.

CREMA ROSADA "ADELINA PATTI."



Compuesta de sustancias tónicas y saludables, evita las arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez, comunica un perfume delicioso y con su uso diario las Señoras, tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud. Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.
 DE VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS.

El VINO de St. REMY
 NO TIENE RIVAL POR LO

Tónico, Agradable y Reconstituyente
 Recomendada su firma
 Por todas las Eminencias Médicas del País y del Extranjero.

Es indispensable para toda persona débil, anémica y convaleciente.

Se vende en las principales Boticas y DROGUERÍAS.
 Para pedidos directos dirigirse á
 F. de Rosenorn y Ch. Poissonier.—Bordeaux

SARAVIA ESPINOSA

¿Está usted mala de la cintura? ¿Está usted débil? ¿Sufrir usted retortijones de vientre, dolores de cabeza, mareos, etc., etc? Tome usted LA SARAVIA. Es el medicamento más activo para dejar de padecer mensualmente. Para que las niñas crezcan fuertes y no sufran en el desarrollo. Para que los niños pálidos, escrofulosos y anémicos mejor que los aceites de bacalao y las emulsiones que toman con repugnancia.
 A \$1. el frasco en todas las Droguerías y Boticas.

F. LAFAGE
 Sastre Tailleur

Esta casa de primer orden tiene siempre un gran urtido de casimires franceses é ingleses del mejor gusto y calidad.
 HAY TAMBIÉN GRAN SURTIDO DE CORBATAS INGLESAS.
 Calle del Espíritu Santo Núm. 8.
 MEXICO

Agentes generales de este periódico en Centro América, Sres. J M. Lardizábal y Cía. en Guatemala. Están autorizados para arreglar contratos para anuncios y suscripciones.

EL AZTECA.
 MOLINO Patentado.



"EL AZTECA"
 SUELE MEJOR Y EN MENOS TIEMPO QUE CUALQUIERA OTRO APARATO
Nixtamal, Maíz crudo, Café, Cacao, Carne, Chile, Azúcar, Minerales, etc.
 Indispensable en todas las familias, haciendas, rancherías, tiendas, minas, etc., etc. Su manejo es enteramente sencillo. Siempre se puede conservar en perfecto estado de aseo.
 Pídase circular descriptiva á los únicos agentes:
NOVARO y GOETSCHEL
 Callejón del Espíritu Santo número 1.—Apartado 468.
 PAGO NETO 15 PESOS CADA UNO

Lo que Ud debiera saber.



Que los Riñones son los unicos purificadores naturales de la sangre. Que toda la sangre debe pasar por los Riñones para ser purificada, como pasa por el corazon para ser oxidada.
 Que si esta llena de veneno, ese veneno debe afectar cada órgano. Que está muy sujeto estar llena de acido urico (Veneno de los Riñones) sin que Ud lo sepa porque los Riñones pueden estar enfermos y no causar ningun dolor.
 Que Ud no puede tener buena salud, con los Riñones en desarreglo.
 Que la mayoría del por ciento de todas las enfermedades estan causadas por el veneno de los Riñones sin que uno le sospeche.
 Que la "Cura SEGURA de Warner" es la medecina mas maravillosa y mas benéfica dada á la humanidad. Cura los Riñones y por lo mismo cura todos desarreglos creados por el veneno renal. Es el unico especifico reconocido. Es la bendición medicae suprema del mundo.
 Ha curado millones de esos que los médicos han dejado por muertos.
 Le curará á Ud tambien si la toma segun direccion, con fe y en cantidad suficiente.

Reservado.

Vino de Vial de Quina, Jugo de Carne, lacto fosfato de cal, Tónico, Aperitivo, Reconstituyente.
 14 Rue Victor-Hugo, Lyon, y en todas las Boticas y Droguerías